

Mi madre veía arañas en las paredes: terroríficas arañas que andaban por sus noches oscuras de la imaginación. En su juventud había sido una belleza atormentada, con su mirada perdida entre tantas tardes de lluvia. Su afición era ponerse en una banqueta de la cocina, delante de la ventana, y mirar hacia el infinito, hacia ningún punto que la pudiese distraer de su mente, que vagaba por el vacío de la neurosis. Cuando se enteró de que me iba a tener, una lágrima rodó por su cara y por su vientre. Fui una niña no deseada. Más tarde, pasado el tiempo, yo acabaría tomando las flores del doctor Bach, y de manera especial, la achicoria, la flor de la niña abandonada. Además de mi abandono existencial, dicha orfandad se hizo real a los pocos días de tenerme. Entonces mi padre, cuando mi madre nos dejó por una semana, me llevó de niña recién nacida, envuelta en una mantilla de puntilla, a una pensión, cuyos dueños eran unos amigos suyos. Mi madre descendía de una familia pudiente de labriegos que vivían en la frontera con el país de “Los Cantares Gallegos”. Si hay algo que he heredado de ese lugar es el acento dulce y meloso de mi personalidad. Su abuelo había sido un ex seminarista fanático que obligaba a sus hijos a aprenderse los pasajes de la Biblia a golpes de vara de eucalipto. Uno de sus hijos, mi abuelo materno, medía más de dos metros, y se casó con una aldeana, mi abuela, que tenía fama de cantar muy bien. Así, los labriegos la oían cantar mientras hacía las labores del campo. Vivían en una casa que

lindaba con la carretera comarcal. El que se hiciese una carretera al lado de la casa de mis abuelos fue por una rencilla con el indiano del pueblo: un hombre riquísimo, que había regresado de Estados Unidos y habitaba una gran mansión. Como mi abuelo era el único que le hacía frente, el indiano hizo pasar la carretera comarcal por delante de la casa de mi antepasado para enojarlo. Esto exacerbó aún más el aspecto batallador de mi abuelo y las luchas con el indiano se recrudecieron del todo. Si mi madre era una luna, oscura y enfermiza, mi padre era un vigoroso y luminoso sol. Estas fueron las palabras con que los describió el sicólogo que atendió a mi madre en una de sus numerosas crisis nerviosas: mi padre y mi madre eran tan opuestos como El Sol y La Luna. Mi padre, según el sicólogo, podría haber obtenido la nulidad matrimonial, si hubiese querido, por la enfermedad de mi madre. Él, hombre de fuertes principios religiosos, nunca la llevó a cabo; su conciencia nunca le hubiese permitido abandonar a mi madre en un manicomio. A cambio de ello, mi madre poco a poco fue tejiendo una negra y fuerte red en la que paulatinamente todos fuimos cayendo. Mi padre era hijo de padre desconocido: hijo natural de una vaqueira y, todo hace suponer, de un hacendado cubano, que nunca lo reconoció. Su madre era una mujer bellísima, que enviudó cuatro veces y luego, fuera del matrimonio, ya viuda por cuarta vez, tuvo a mi padre. Era una vaqueira fuerte y de conversación entretenida y

de la que los hombres del pueblo se peleaban por ella cada vez que enviudaba. Mi abuela era analfabeta y decía que en un hombre valoraba más su valía que su belleza física, ya que para guapa bastaba ella. El que no supiese leer ni escribir no le impidió ser una mujer de mundo, ya que ejerció de ama de llaves de una riquísima viuda que viajó por todo el globo terráqueo. Así, residieron en París, Buenos Aires, Nueva York y, finalmente, en Cuba. Según mi padre, cuando una vez vino a la ciudad a visitarnos sin saber donde vivíamos, iba preguntando a toda la gente, con una gran vara en la que se apoyaba, ya con cerca de noventa años, y con productos de la aldea metidos en un sayal. La infancia de mi padre no fue fácil. Su madre lo dejó al cuidado en la aldea de sus hermanastras mientras ella partía para uno de sus numerosos viajes. Sus hermanastras, llevadas por la envidia, ya que él era el ojo derecho de mi abuela, lo llevaron a la ciudad y lo metieron en la inclusa: el colegio de niños huérfanos llevado por monjas y que ahora, paradojas de la vida, es un lujoso hotel de cinco estrellas, donde se hospedan reyes y príncipes de todo el mundo. En el hospicio, el carácter que se iba forjando fuerte de mi padre no pasó desapercibido y le hizo ser líder entre sus compañeros. Por ser el favorito de la superiora, decidieron que mi padre estudiaría para cura. Él era ajeno a la toma de esta decisión, que pudiera parecer aleatoria sin serlo, puesto que tenía una auténtica vocación religiosa que anhelaba colmar como presbítero. Pero

su vocación se vio truncada cuando lo desecharon como sacerdote, estando en el seminario, por ser hijo natural, ya que una orden del Papa, influenciado por las ideas nacistas, alejaban a los hijos naturales del sacerdocio. Así pues, de un Sol y de una Luna nació yo, una rosa en un árido desierto, el desierto de mis afectos. El bautismo de La Rosa aconteció en el Hospital General de la ciudad, por un deseo del capellán del mismo, que había sido compañero de celda de su padre en el seminario. Don Rodrigo, que así se llamaba el sacerdote, preguntó a su padre cómo se iba a llamar la criatura y éste pronunció el nombre. El sacerdote hizo un mohín de desaprobación y declaró que así no se podía llamar la niña, dado que no había ninguna santa en el santoral que se llamase de esta forma. Su progenitor, con la confianza que da la amistad, le dijo: “anda, anda, bautízala con ese nombre, que santa ya será ella” y así, gracias a Dios, fue bautizada con su hermoso nombre: una sotana negra echó agua con una concha en la tierna cabeza de La Rosa ¿A caso tendría La Rosa una auténtica vocación hacia la santidad como la tuvo Santa Teresa? No sabía si tendría esa vocación, pero con el tiempo fue descubriendo su afición, compartida con la santa, por la palabra. Según su amiga, la astróloga, ella tenía el mismo aspecto de los astros en relación con el ejercicio de la palabra que la Santa de Ávila. Aún recordaba su primera noche oscura, noche oscura del alma, cuando tenía dos años. Todavía guardaba la foto donde experimentó

ese primer sentimiento hasta ese momento desconocido por ella. En la fotografía se ven dos niñas de unos dos años gateando sobre una gran piedra. El sitio era las inmediaciones de su casa. En ese momento ella se preguntaba, en su tierna y ya atormentada cabeza, si la niña que tenía al lado padecía sus mismos fantasmitas: los oscuros fantasmas eran como puñales fríos que se hincaban en su cabeza. A medida que fue creciendo, los puñales cada vez eran más grandes. Las hojas metálicas de las dagas relucían con el brillo de la locura. Según la astróloga Ada, su madre era una verdadera hipnotizadora de serpientes, de falos erectos ante su no desapercibida presencia. Dicen que tenía una mirada muy bonita, mirada que La Rosa heredó en parte. Pero la mirada de ésta última no era la de una hipnotizadora de falos. Su forma de ser, ya desde pequeña, apuntaba a que su mirada resultaría un gran e incisivo falo que penetrase la realidad para preñarla con el esperma de las palabras. Si hay una anécdota que se puede referir en torno a su deseo de tener un falo, es la que aconteció cuando ella apenas tendría tres años. Sucedió cierto día que ella pudo observar a uno de sus hermanos cuando hacía una micción en el servicio, ya que éste había dejado la puerta entreabierta. Ella comparó su sexo con el de su hermano y se dio cuenta por primera vez que carecía de semejante apéndice. Entonces se fue hacia su padre y le contó lo que había visto para acto seguido empezar a llorar desesperadamente porque ella no tenía eso que

le colgaba a su hermano. Entonces fue cuando su padre le explicó que La Rosa era una niña y las niñas eran en parte, por esa carencia, distintas a los niños. Al final terminó aceptando a regañadientes la explicación. Así, a medida que pasaban los años, sus ojos cada vez se volvieron más penetrantes. Dos brillos intensos anidaron en su iris y fueron iluminando su realidad. Cuando tenía tres años, la tuvieron que llevar al médico. La razón: había nacido con el mismo defecto de su padre: sus pies planos, y le hicieron unas plantillas que tenía que poner con unas botas ortopédicas, tanto en verano como en invierno, que se convirtieron en su arma más mortífera en las peleas de niños que salpicaban su niñez. Todavía recuerda cómo iba de la mano de su madre para comprarse las plantillas y las botas que tuvo que poner desde los tres a los seis años. Cuando su pie crecía, era visita obligada el ir a una de las pocas tiendas ortopédicas que había en la ciudad. Cuando entraba con su madre en el comercio, no se cansaba de ver en las vitrinas trozos de plástico que imitaban pechos, piernas y brazos. Todavía hoy la mutilación le sigue impresionando, tanto que, cuando ve a un tullido en la calle que se dedica a la mendicidad, a veces se le desata una de sus más profundas crisis. Su primer verano lo pasó, a la edad de un año, con sus padres y sus dos hermanos, en una urbanización de chalets hechos para el veraneo de los funcionarios de la región; su padre trabajaba como empleado en la administración. De ese verano no recordó nada, sólo

fotos que aún conserva y que han quedado para el recuerdo. En una de las fotos se ve a una mujer, ya anciana, que les acompañaba; era una vecina del barrio que su madre había adoptado como sujeto de su beneficencia. Un buen rasgo de su progenitora que, con el paso del tiempo, le obligó a reflexionar que, en contra de la doctrina maniquea, no somos ni negros, ni blancos, sino a rayas, siendo así éste un mundo cebra. Cuando su padre aún vivía, le decía que una de sus aficiones favoritas, siendo bebe, era la de coger, con sus torpes y pequeñas manitas, las migas que quedaban en la mesa después de la comida. También otra de sus aficiones, no tan tierna, era la de darle tortas a su madre cuando ésta la cogía en brazos; ya desde niña sentía una animadversión hacia su madre que lograría superar años después de su muerte; cuando se reconcilió con su cadáver. Una de las pocas cosas buenas que su madre contaba de ella era que, cuando tenía unos meses, el pediatra le pedía encarecidamente que le dejase cogerla porque al doctor le parecía que era una niña con movimientos muy tiernos y graciosos ¿Podría con el tiempo ser una gran actriz de teatro atajando el método Staninlavski? Todo apuntaba a que, si seguía conservando sus movimientos gráciles de bebé, sería de mayor una gran actriz y no precisamente en un teatro, sino en el escenario de la vida. Una de sus afecciones, heredada de su padre, era su delicada garganta, que a su progenitor le hizo despedirse para siempre de los veraneos en la playa, por el frío del mar,

y a ella le provocó quedarse sin amígdalas. La supresión de sus anginas a los cinco años fue toda una odisea, sobre todo para el personal de enfermería y la doctora que la atendió. Le pusieron, algo excepcional en aquella época, una anestesia general, en vez de arrancarle las anginas de cuajo porque era una niña muy rebelde y desobediente y no paraba quieta. Sobra decir que hicieron falta tres enfermeras para sujetarla mientras le ponían el pinchazo de la anestesia. Cuando la inyectaban, le dio tiempo antes de dormirse a decir todas las palabras mal sonantes del diccionario de la Real Academia. La doctora, entre asombrada y divertida, le preguntó a sus padres, que esperaban en el pasillo, llenos de vergüenza por su exhibición léxica, que dónde había aprendido tanta gramática parda esa niña, a lo que sus padres contestaron que no en casa, puesto que ellos no hablaban así, sino en el patio. Llegaron en su quinto año de vida por Navidad los Reyes Magos; Su Rey era, por supuesto, Baltasar, el más distinto y exótico de todos. Su madre, que veía que con cinco años seguía utilizando el chupo, le dijo que semejante artilugio freudiano se lo habían llevado los Reyes Magos y , La Rosa, haciendo gala de un pragmatismo inusual para una niña de cinco años, fue al cubo de la basura, revolvió entre los desperdicios y allí encontró a su querido chupo. De nada le sirvió ser una brillante exploradora porque su madre, haciendo gala de su carácter tiránico, le cogió el chupo y le dijo que eso de dormir por la noche

con él se había acabado. Como bien decía su carta astral, su destete fue difícil. En seguida substituyó, en sus sueños nocturnos, su chupo por la esquina de la funda de la almohada. Antes de quitarle las anginas, venía una practicante a su casa a ponerle una inyección todas las semanas, con el fin de aplacar el dolor y la fiebre que le producía su delicada garganta. Cuando entraba por la puerta, su madre tenía que abrir todos los armarios, puertas de la casa y mirar por las esquinas y huecos de las camas con el fin de encontrarla. Casi siempre daba con ella, pero había veces que no y la practicante tenía que irse de manos vacías por no poder haberle dado la inyección. Era cuando recibía una de las numerosas reprimendas de su madre, que por tener caracteres antagónicos o, quién sabe, si tan parecidos, eran frecuentes. Las riñas de su madre eran por varios motivos: porque no comía lo suficiente, porque se ensuciaba mucho la ropa al jugar en el patio y porque nunca quería ponerse la indumentaria que ella le elegía. La escena que mejor ilustra el último motivo ocurrió en la comunión de su vecino. Tendría unos tres años cuando su madre, el día de la comunión, se empeñó en vestirla con uno de esos vestidos de nido de abeja tan bonitos que llevaban las niñas de antes. Ella, de forma testaruda, no quiso ponérselo. Pretendía ir con el peto vaquero que llevaba para jugar en la calle y el jersey puesto alrededor de la cintura. Su madre, como un auténtico sargento de la Gestapo, dijo enérgicamente que, si no se ponía el vestido, no iría a la

comuni3n. Su reacci3n fue como la de una Santa Teresa de pocos a1os, fug3ndose para conquistar cristianos en tierra de moros. Se escap3 de casa y fue subiendo la cuesta de unos trescientos metros que separaban su casa de la capilla donde se celebraba la comuni3n. Cuando entr3 en la iglesia, la misa ya hab3a comenzado. Se condujo por el pasillo central hasta ver a la madre de su vecino y le tir3 de la chaqueta del traje para decirle que all3 estaba ella. Y all3 estaba ella, con su peto vaquero y su jersey, sola, con tres a1os. Su vecina se llev3 uno de los mayores sustos de su vida y la sent3, como soluci3n irremediable, en uno de los asientos del banco. Si la Santa de 3vila pretend3a conquistar corazones para el cristianismo, ella anhelaba conquistar corazones en la encorsetada ciudad de Clar3n para lo exc3ntrico y lo estrafalario. La Rosa, cuando todav3a no hab3a iniciado el colegio, iba a unas clases particulares que se daban en la casa de una vecina. Las clases las daba una mujer solterona y obesa llamada Mar3a Esther. Mar3a Esther era todo coraz3n. Llevaba una peluca rubia, corta y rizada porque se hab3a quedado sin pelo. Les ense1aba a leer, a escribir y a hacer cuentas. Su padre le dijo que Mar3a Esther le hab3a dicho un d3a que su hija, con un aire muy responsable, pronunci3 las siguientes palabras delante de su amada presencia “se1olita teno que estudial mucho porque el d3a de ma1ana quielo sel la seclitalia de mi pap3”. Sobra decir que su padre se r3o hasta lo indecible al o3r a Mar3a Esther. De esas

clases, La Rosa aún recuerda cuando la maestra tenía que hacer un recado y les dejaba el menos tiempo posible solos en su casa. Entonces, la casa resultaba ser para todos los pequeños un mágico castillo de estancias secretas y de tesoros por descubrir. Cuando la señorita se ausentaba de casa, los niños solían jugar a los novios y novias. Todos, menos ella, que se ponía encima de una banqueta, cerca de la puerta de salida, para mirar por la mirilla y dar la voz de alarma de cuando venía la maestra. Ya desde su más tierna infancia había desarrollado una timidez patológica hacia el sexo opuesto. Dicha timidez le duraría toda la vida. Es de recordar también a este respecto que una vez sus tíos de la capital llegaron a su ciudad de visita con su primo, que tenía la misma edad que ella. Para dormir su madre dijo que su primo lo haría con ella en su cama; tendrían cinco años. La Rosa se echó a llorar y dijo a gritos que no quería que su primo durmiese con ella, ya que en su fuero interno lo veía como algo pecaminoso; que una criatura del sexo opuesto, por muy cándida e inocente que fuese, durmiese en su cama le hacía sentir un gran complejo de culpa. En esas clases poco aprendió. Ya había desarrollado el miedo a no ser perfecta; el pánico a fallar que su madre le había inculcado desde pequeña. De esos días de su infancia con Esther acaeció una jornada muy triste para esta última. Sucedió un día que los niños del barrio estaban jugando con ella a la comba en el patio. De repente, cuando le tocaba saltar, se

le cayó la rubia y rizada peluca. Enseguida la cogió y apesadumbrada se fue corriendo directa a su casa. La peluca rubia y rizada le hacía pensar a La Rosa en Marilyn. Desde pequeña soñaba con ser una gran actriz de Hollywood, como Marilyn Monroe, o, en su defecto, presidente de la nación. Aún tenía una foto de cuando contaba con unos tres años. Iba con un vestidito corto de volantes con el que se sentía una auténtica Marilyn posando en la mítica escena de “La Tentación vive Arriba”. Como es ya sabido, su padre no podía seguir veranando cerca del mar por su afección de garganta. Entonces comenzaron a pasar los veranos en casa de los tíos del pueblo. Eran unos campesinos que tenían ganado vacuno, cerdos, conejos y gallinas. Aún se le ha quedado grabado como su madre le daba un Cola Cao con galletas, hecho de leche recién ordeñada. La Rosa por aquella época era una niña hiperactiva, que no paraba, y su madre se las veía y se las deseaba, detrás de ella por toda la casa, para darle el Cola Cao con galletas. Su primer día de colegio fue espantoso, como lo serían los tres años siguientes. Su madre tuvo que llevarla literalmente a rastras. Con su gran fuerza, la cogía de la mano y La Rosa tiraba y tiraba en sentido contrario para no ir a la tan odiada escuela. En el parvulario se encontró con una profesora que parecía la mismísima típica bruja de los cuentos infantiles. Su nariz era aguileña, su pelo iba recogido en un gran moño y, para rematar su maléfico carácter, les pegaba siempre con una regla en la

punta de los dedos si no sabían leer. La Rosa fue la última niña de clase que aprendió a leer. En aquella época las palabras aún no habían anidado en ella. Su cabeza, por el contrario, estaba llena de imágenes que se sucedían una tras otra como en una veloz noria. Sus recreos los pasaba sola. Eran los momentos más anhelados por ella. Los pasaba imaginando un mundo distinto; distinto a su colegio, al patio de su calle, a su casa, a su padre y a sus hermanos y, sobre todo, a su madre. Soñaba con un mágico palacio de cristal a orillas del Mediterráneo donde La Rosa era una princesa y su marido, un apuesto príncipe. Años más tarde, leyendo un libro de crítica literaria, se dio cuenta que dichas fantasías infantiles eran el edificio sobre el que más tarde los escritores, ya adultos, construirían sus mundos de ficción. El colegio estaba lleno de ventanas al exterior. Durante el recreo también se entretenía en ver su rostro reflejado en las ventanas del piso de abajo. La necesidad de reafirmarse viendo su cuerpo sería un hecho de toda una vida. Si en su más tierna infancia y en su adolescencia odiaba lo que veía en el espejo, en la madurez fue sintiendo una paulatina reconciliación con la superficie de cristal. La Rosa fue la última niña que aprendió a leer del parvulario. La presencia malvada de su profesora en nada ayudaba a su frágil ego. Así, tuvo que desarrollar una estrategia de supervivencia que le hiciese las clases menos duras. Fue entonces cuando se le ocurrió hacerse la dormida cuando se aproximaba su nombre en

la lista de lectura. La profesora la nombraba para sacarla a leer y advertía que estaba adormilada, con lo cual pasaba al otro nombre de la lista. En aquella época aún los niños estaban separados de las niñas. Llevaba su mandilón rosa de rayas con su nombre bordado a un lado de la pechera. Su carácter pendenciero no sólo se limitaba en decir todas las palabras mal sonantes del Diccionario de la Real Academia en menos de cinco minutos. En el patio, además de seguir profiriendo palabrotas, cuando se enfadaba y cuando no me enfadaba también, se dedicaba a coger colillas del suelo e intentaba fumarlas con las cerillas que hurtaba a su madre con nocturnidad y alevosía. Su indómito carácter de niña Escorpio no sólo lo pagaban las rodillas de los niños del barrio, con el uso de sus botas ortopédicas; aún recuerda su frustración por no poder llevar zuecos: esos zuecos tan bonitos que se llevaban en esa época y que todas las niñas del barrio exhibían con gran alegría. Su abuela también era la pagana de tal excesivo carácter. Su relación con la comida por aquella época no era muy buena; decididamente no le gustaba comer y hecho milagroso, a pesar de no comer casi nada, estaba rellena como el abdomen de una abeja. A la hora de la comida, su santa abuela la iba a buscar al patio. Gracias a los niños del barrio, la podía subir a comer. Ellos eran los que se encargaban de cogerla, tras no pocas carreras. Años más tarde, cuando debía de tener diez, la gordura de la abeja había sido sustituida por la silueta de una libélula; era

excesivamente escuálida y seguía sin gustarle la comida, con lo que su madre decidió llevarla al médico. Para su sorpresa, el doctor que las atendió era negro, la nota exótica de todo el hospital. En aquella época encontrar a un negro era ahora como encontrar en la calle un billete de cien euros. Entonces, pensaba ella que era una niña bastante original, ya no sólo por su intrínseco carácter, sino por las notas de color que pintaban su vida. El médico, tras hacerle una revisión general, le dijo a su madre que estuviese tranquila, “ya que la niña no se va a morir de hambre. Ya verá que, cuando tenga hambre, comerá lo que tiene que comer”. Y La Rosa, feliz porque le había atendido el mismísimo Baltasar, en el cual ya no creía, le lanzó una satisfactoria sonrisa a su madre de lo más retadora; su progenitora había perdido una batalla en su dura guerra. Pasó del parvulario a primero de la EGB sin apenas saber leer. El curso de primero y segundo fueron cursos que llevó a trancas y a barrancas; no le gustaba estudiar, mejor dicho, era incapaz de estudiar porque sufría un fuerte complejo de inferioridad, complejo que indudablemente procedía de no ser una niña deseada y de la dura educación de su madre, que ejercía una presión sobre ella del todo estresante: La Rosa era una niña que no podía fallar. Tenía que ser una muñeca de porcelana: perfecta; sufría tanto el desamor que el miedo la dominaba y veía en cada profesor y profesora a duros sargentos de la Gestapo dispuestos a llevarla a la cámara de gas por un nimio

fallo. Al final del segundo curso, el director del colegio quiso entrevistarse con su padre porque pensaba que le convenía repetir curso. Entonces fue cuando su progenitor le dijo que él le daría clases particulares; éste había sido profesor particular durante más de treinta años y no uno de los malos precisamente. Así fue como su padre la adoptó intelectualmente. Según él, los niños no debían de saber leer hasta pasados los cinco años, que era cuando sus tiernos cráneos se cerraban. Gracias a sus clases, La Rosa pudo levantar cabeza. Pero cuando realmente se despertaría en ella la afición por el estudio sería a los ocho años. Hasta entonces, además de estar amenazada por el miedo, vivía en un mundo imaginario, lleno de imágenes delirantes y a menudo obsesivas que poblaban su cabeza. Este hecho hacía que no tuviese contacto con la realidad. Que no fuera parte de ella. Haciendo gala de su carácter pendenciero, las ganas de estudiar no se le desataron por razones más bien metafísicas, sino por una apuesta. Su amiga del alma por aquella época, que también estudiaba muy mal, la retó y La Rosa a ella a quién iba a ser la que sacase las mejores notas en ese curso. Su reto se despertó por una razón de amor propio, pues observaba el trato diferencial que daban los profesores a los buenos estudiantes con respecto a los malos. Decidieron que ellas podían llegar a ser tan buenas o mejor estudiantes que los alumnos aplicados. Y así fue. Al final de la EGB su expediente fue de sobresaliente. A partir del día en que tuvo

lugar la apuesta se conectó definitivamente con la realidad y dejó un tanto aparcado su mundo. Fue cuando las imágenes de su bestiario fueron sustituidas progresivamente por discursos de palabras, lo que la ayudó a ser una buena estudiante. Una estudiante a la que siempre la adornaría una nota excéntrica, parlanchina y payasa y que, a menudo, sería expulsada de clase por no comportarse como mandan los cánones. Su discurso de palabras fue ampliamente nutrido por los vocablos de su padre; pocos besos él le dio y muchos menos su madre, pero , si hay algo que recuerda, es que su padre, desde que tuvo uso de razón, no le hablaba como a una niña, sino más bien se dirigía a ella como a una adulta. Palomas blancas salían de la boca del progenitor para anidar en su cabeza. Así, se aficionó a ver los telediarios, los programas de información y cultura, y de los cuales su padre y ella discutían en un duelo de tú a tú. Esta educación autodidacta ayudó más tarde a que desarrollase cierta habilidad para escribir, no así para ser una buena oradora, pues no hay nada que más le horrorice que hablar ante un público. Recuerda La Rosa cuando les llevaba el autobús al colegio. Para ir tenía que esperar en una parada cercana a su casa, donde había un concesionario de coches. Aún se le ha quedado grabado en la memoria como los mecánicos del concesionario mientras arreglaban los coches a puerta abierta, se quedaban mirando a alguna beldad de mamá y a ante ello les daba por silbar. Entonces ella se enfadaba

para sí sola y no comprendía como esos hombres no la miraban también a ella y la silbaban; tendría siete u ocho años de esto. Pasado el tiempo, reflexionó sobre este aspecto de su carácter y se dio cuenta que, sin ser manipuladora, su carácter tenía cierto parecido al de la mismísima Escarlata Ohara. Con el tiempo sería ella una mezcla de Escarlata, por su carácter de innata superviviente, y de Melania, por sus fuertes convicciones religiosas. Eso acontecía cuando esperaba en la parada para ir al colegio. Cuando venía en el Autobús, desarrollaba una parte de su conducta que hoy en día aún le causa pesadumbre: siempre que llegaba a la parada del autobús en la que le dejaba el transporte, esperaba un buen rato a que el autobús se alejara, subiendo la cuesta, para que los niños de su colegio no supiesen donde vivía: el hecho de vivir en uno de los barrios más humildes de la ciudad la avergonzaba. Era como aquel famoso corredor de fondo italiano, que aprendió a correr cuando iba más rápido hacia su casa que el resto de sus compañeros del barrio para descolgar del tendedero las sábanas que su madre lavaba casi diariamente porque él se orinaba en ellas todas las noches. Ella, por el contrario, se hacía la remolona y no creía que ganase ninguna carrera en la vida con esta actitud. Soñaba el día en que entrase con toda la naturalidad del mundo en el barrio donde había nacido, ajena a las críticas de clase tan presentes en la ciudad de Vetusta. Siempre, hasta que no llegó a la madurez, tuvo esos complejos de

clase. Siempre tuvo miedo a ser rechazada y criticada por los demás por ser una niña pobre. No ambicionaba grandes palacios, ni coches lujosos, pero sufría porque el no tenerlos sentía que supondría una exclusión social que la perseguiría toda la vida. Hoy, por el contrario, lleva con orgullo su condición de paria social y recuerda con cierta comicidad la anécdota que se publicó en una revista de sociedad en la que una famosa modelo siempre mandaba a sus novios parar en unas calles más céntricas que la suya para hacerles creer que ella vivía allí y de cómo luego iba andando sigilosamente de la céntrica calle a su no ya tan céntrico barrio. De los siete a los catorce años, La Rosa fue una niña feliz, tanto en el colegio como en los días que amanecían en su barrio. Pero a pesar de ello, sus noches oscuras seguían presentes en su vida con la misma intensidad que el primer día. Eran momentos que ni siquiera se preguntaba lo que significaban en su vida, estados muy difíciles en los que un gran complejo de culpa la hundía. Venían a su cabeza ideas de suciedad propias de una mente neurótica. La suciedad material se convertía en moral y, para rematar el sufrimiento, siempre pensaba que se acabaría quitando la vida. Cuando finalizaban, era como el despertar de una gran pesadilla y volvía a recuperar el gran vigor y la gran alegría que tenía por vivir. En esos años también sus crisis eran más sicosomáticas que las que tendría después, durante la adolescencia y en su juventud. Un estado de nerviosa inquietud entraba por

su cuerpo a la vez que se sucedían los terroríficos fantasmas metálicos en su cabeza. Por aquella época pensaba que sus grandes complejos habían sido superados: era una brillante estudiante y una niña con mucho carisma por su simpatía innata. Pero descubrió que sus enormes carencias no habían desaparecido, sino que simplemente habían estado dormidas durante siete años para despertarlas justo el último día de asistencia al colegio. Por aquella época, su madre la llevaba dos veces al año: una, antes de empezar la primavera y otra, antes de comenzar el otoño, a la casa de una modista que vivía al otro extremo de la ciudad. Cogían el autobús y llegaban a la vivienda de la sastre, que era donde tenía su taller. Las únicas caricias que tuvo de niña fueron el jabón con el que marcaba por su cuerpo la modista el patrón y las caricias de la peluquera a su hermoso y rizado pelo, cuando iba con su madre a peinarse. No es de extrañar que, con esta falta de educación de los sentidos, pasado el tiempo se hiciese una mujer fría, un ángel puro que estaba exento de todo matiz sexual y que vivía entre algodones ante el deseo. A pesar de proceder de una familia humilde, su madre siempre la llevaba con bonitos vestidos, la mayoría de nido de abeja; vestidos que hoy las niñas ya no se ponen y que ella, en su niñez, siempre estaría dispuesta a cambiar por un par de vaqueros y una camiseta. La peluquería también estaba situada dentro de la casa de la peluquera y La Rosa recuerda como su madre, la peluquera y el

resto de clientas alababan su sedosa cabellera. Cuando llegó a la adolescencia se rapó el pelo y gran parte de él lo perdió, más tarde, por cuestiones nerviosas. Su cabellera, así, era como la de un Sansón; el hecho de tenerla era una exhibición de su fuerza y el haberla perdido una señal de su caída. En el barrio los niños eran felices con sus ocurrencias. La Rosa aún recuerda como su hermano mediano, junto con el resto de chicos, construyó una caseta de madera, que tenía hasta persianas, en un árbol; donde vivían era a las afueras de la ciudad y estaban rodeados de naturaleza. Salvo ese recuerdo, la Rosa no tenía ninguna impresión más de haber jugado con sus hermanos; el mediano le llevaba diez años y el mayor quince. Su hermano mayor, cuando cumplió su mayoría de edad, para escapar de las garras de su madre se alistó en la marina de voluntario y viajó por todo el mundo durante tres años en el buque armada Juan Sebastián el Cano. Siempre que venía de permiso a su madre le traía collares exóticos y a ella muñecas; aún está grabada en su memoria una muñeca vestida de marinera con la que su hermano vino del barco para regalársela y como su padre recordaba con simpatía la vergüenza que ella sentía; ya que era una niña de cinco años que apenas había visto a su hermano, cuando le hacía los regalos y su padre le decía que le diese un beso como gesto de amabilidad y ella soltaba , mientras le subían los colores por las mejillas, “ ez que ez todo un señol”. Por lo tanto era ella como una hija única,

ya que nunca jugó con sus hermanos. En el patio, los niños jugaban a mil cosas; tenían una inventiva que los chicos de ahora me temo que han perdido desgraciadamente. Así, a veces, hacían tómbolas con sus viejos tebeos y juguetes usados, que las personas mayores compraban para luego, con el dinero obtenido, ir a un mesón cercano a celebrarlo con una succulenta merienda. Otras veces jugaban en las montañas, que eran dos pequeños montes de tierra, que a los amigos de La Rosa y La Rosa les parecían inmensos, a tribus primitivas y a exploradores. Las montañas estaban situadas en los terrenos del Hospital Siquiátrico, que lindaban con sus casas. El hecho de haber nacido al lado de un manicomio y de haber jugado en sus terrenos es algo que imprime carácter. Una anécdota a este respecto que merece la pena destacar es que una de sus experiencias infantiles más excitantes era jugar con el resto de niños en los terrenos del manicomio. De vez en cuando, mientras estaban jugando, se escapaba un loco colina abajo y ellos, que se ubicaban en el regazo de la colina, se iban corriendo a sus casas por miedo al enfermo. Así, se establecía una cadena harta peculiar. Ellos se escapaban corriendo del loco, que iba sin ningún sentido. El loco se escapaba corriendo de los enfermeros y el par de enfermeros de bata blanca corrían, porque era su deber correr, detrás del loco hasta cogerlo. También La Rosa recuerda las casetas que hacían sobre el suelo con la ayuda de las ramas de los árboles. A veces hasta alguna persona

mayor les ayudaba en su construcción. Como cada verano, ella lo pasaba en el pueblo de su madre. Su padre y ella caminaban cinco kilómetros todos los días por la orilla de la carretera comarcal desde la casa de sus tíos hasta otro pueblo que tenía una casa mitad tienda, mitad bar, donde vendían el periódico. Su padre siempre encargaba para todo el mes de agosto, que era el mes en el que estaban en la aldea, la prensa. Así, por la tarde, mientras su padre leía el periódico y tomaba un café, ella se bebía un zumo de manzana y comía un paquete de galletas de coco, el manjar más apreciado por La Rosa durante su niñez. A veces, en vez de ir por la carretera, andaban por un sendero que atravesaba muchas fincas. Bajo el fuerte sol de agosto, sus excursiones eran muy divertidas y amenas, pues su padre y ella hablaban de la vida y de Dios, sus temas favoritos en sus existencias. Por las mañanas, su padre le daba clase de redacción. La clase de redacción era todo un rito. La Rosa, con su libreta y bolígrafo, entraba, junto con su padre, al amplio y bonito salón de madera barnizada de la casa. El salón estaba adornado por un centenario reloj de pared, una foto de sus tíos cuando se casaron, donde se apreciaba la gran belleza morena de su tía, y una ardilla disecada. Acompañada de estos adornos, su progenitor inventaba cualquier tema sobre el que disertar y se lo decía de viva voz para que lo escribiese sin faltas y con su debida puntuación. Entre los habitantes de la aldea había gente muy singular. Subiendo una

pequeña montaña, en frente de su casa, vivía una anciana nonagenaria llamada Josefa y que cariñosamente la llamaban Josepía. Josepía era la persona más picara que jamás había visto en su vida. Todo en ella hablaba de su picardía sus gestos, sus palabras. Era menuda y vestía de negro con una gran pañoleta en la cabeza y un montón de sayas que se ponía para cubrir su frágil cuerpo. A menudo iba en madreñas. Su mirada era inteligente y llena de picardía. Una de las grandes aficiones de la Rosa era ir a su casa, una casa muy humilde, rayando la pobreza, y observarla. Tenía una conversación muy amena y mostraba dotes de una gran diplomacia, diplomacia que exhibía no sin el fin de obtener siempre algo a cambio. Cuando ella iba a su casa, a menudo le regalaba algunos huevos de sus gallinas, que luego llevaba a su tía. Si se ha de hablar de gallinas, La Rosa recordaba a una gallina pequeña, que en su tierra se llaman Kikas, a la que convirtió en su mascota cuando ella tendría unos ocho o nueve años. La gallina pequeña era toda blanca, por lo que la llamó Paloma. La adoptó como mascota y la sacó del gallinero. Le daba de comer. Hasta incluso la bañaba en una acequia cerca de casa. La gallina ya se había acostumbrado a ella y, cuando no la llevaba en el regazo, la seguía a todas partes. Si La Rosa ha de seguir recordando a aldeanos singulares del pueblo de su madre, destacan dos mujeres: Anita y Esther. Anita era una aldeana analfabeta que vivía al otro lado de la carretera, muy cerca del río. Su

casa también era pobre. No tenía ni agua potable, ni luz eléctrica. Nada más entrar uno se encontraba en una especie de oscuro desván con el suelo y las paredes de madera vieja y carcomida, donde había patatas en el suelo y cebollas colgando de unos ganchos. El entrar en esa casa, al igual que en la de Josepía, a La Rosa le fascinaba porque era como viajar en el tiempo y retroceder a estadios misteriosos para ella. Anita tenía un burro y siempre iba con él a recoger las patatas que sembraba o la hierba que necesitaban sus conejos. Esther era una mujer que vivía a dos kilómetros de camino. Tenía una gran casa y mucha hacienda. Era una solterona parlanchina y excéntrica, que, cuando La Rosa y su padre iban a su casa a tomar el café, los invitaba a maravillosas empanadas de manzana que ella misma hacía. Una de las aficiones más excéntricas de su padre en el pueblo era la de sentarse sobre una banqueta, en medio de una de las fincas de sus familiares, para tocar la flauta. Así, en toda la aldea el viento acunaba las melodías de su flauta y los aldeanos se detenían con sus jumentos delante de él, con gesto entre extraño e irónico. Ese mismo gesto que adoptarían los habitantes de la ciudad de La Rosa cuando la oirían años más tarde canturrear retazos de ópera por las calles. Hacia mediados de agosto llegaban sus tíos de la capital, ya que se aproximaba la fiesta del pueblo, que la llamaban popularmente el veintidós, por ser la fecha en la que se hacía. Recuerda La Rosa los juegos y peleas con

su primo Pablo. Su primo era un niño muy despejado e irónico. Tenía el humor chulesco de los de la capital. Era un auténtico chulapo. Pablo no la dejaba en paz ni de noche, ni de día. La acribillaba a patadas, tirones de pelo y pellizcos y ella lo aguantaba con una santa paciencia desconocida en La Rosa y debida a que pensaba que tanta ironía inteligente bien valía más de un pellizco. Con Pablo jugaban a hacer licor de moras. Iban a las zarzas, en los caminos cercanos a la casa, y recogían las moras en unas bolsas de plástico. Luego las machacaban y, con el zumo que obtenían, hacían el licor de moras. Lo metían en unas botellas de cristal vacías y lo dejaban macerar en el alfeizar de una ventana por donde entraba el sol. Más tarde lo metían en la nevera y por último lo probaban. El resultado era realmente espantoso. El dichoso brebaje sabía a rayos. También jugaba con su primo a indios y vaqueros. Ponían una tienda de campaña, hecha con una gran colcha encima de las ramas de un gran árbol que se hallaba cerca de la casa, y dejaban volar su imaginación. U otras veces se divertían haciendo que eran vendedores de leña, que se almacenaba en el garaje de la casa. Recuerda La Rosa muy bien un día que entre Pablo y ella surgió la discusión de si el Sol era o no era una estrella. Pablo decía que no y ella que sí. Total, que, ante la duda, fueron a preguntárselo a su padre. Su padre, con aire de profesor, afirmó que El Sol ciertamente era una estrella, la más cercana a nosotros y La Rosa se sintió

orgullosa de saber más que su brillante e irónico primo de la capital. Pero un día el que le había martirizado durante los veranos de su infancia llevó su recompensa, sin ella quererlo. Sucedió cuando estaban fuera de la casa, cerca de un árbol, cuando La Rosa quiso hacer el pino. Cuando elevó sus largas piernas, sin ella pretenderlo, una de ellas le dio a su primo en la nariz. Entonces éste comenzó a sangrar con fuerza y ella se asustó mucho. Esa noche, cuando estaba en la cama, una de sus crisis nerviosas vino a visitarla debido al gran complejo de culpa que le había causado el incidente. En el pueblo, como ya se ha dicho, todos los veintidós de agosto celebran la fiesta de la localidad. Era cuando en el garaje se improvisaba una gran mesa alargada con un tablón a cada lado que hacía de asiento. Es de apreciar cómo los hombres de la casa lo instalaban mientras las mujeres preparaban la comida que se iba a servir. Aquel día había comida en demasía. Se hacía un churrasco en un fuego, al lado del garaje, y se asaban costillas y chorizos criollos. Se elaboraban empanadas de bonito y de carne y al final había la comida favorita de su padre y de La Rosa: el postre; una gran tarta, de la que frecuentemente se podía repetir. Su padre y La Rosa, como era natural en ellos, no desaprovechaban esta oportunidad. Todavía recuerda el día anterior en que murió su progenitor. Ella le había hecho un pastel alemán en casa siguiendo un famoso libro de recetas. El pastel llevaba hojaldre y crema

pastelera, además de compota de manzana. Su padre, al dárselo, dijo que tenía que cuidarse un poco y sólo comió la mitad. Fue la única vez que vio a su padre rechazar un dulce y supuso que la muerte ya le estaba rondando. Uno de los ritos, cuando iban al pueblo, era visitar Sestelo. En Sestelo estaban las ruinas de la antigua mansión del eterno enemigo de su abuelo. Recuerda una vez que se reunieron un grupo ciertamente nutrido de jóvenes y pequeños para visitar la gran casa. Cuando subían las escaleras de caracol de la edificación, vieron una decena de murciélagos asustados que volaban escalera abajo. Entre el desvencijado mobiliario se le quedó grabado en la memoria los dorados grifos de una inmensa bañera de mármol tirada en una de las esquinas de la mansión. A las afueras de la casa había numerosos árboles frutales. Sus costumbres veraniegas también eran las de recoger manzanas y otras frutas de la mansión abandonada. Los árboles estaban salvajes y las manzanas, por lo tanto, eran las típicas sin elaborar, sabrosamente ácidas. Fuera de la gran casa también había una pequeña presa y, al caer la cascada, el río hacía una poza donde uno se podía bañar. Por la barandilla de las escaleras de la casa de su tía había rosales muy bellos. Cierta verano destacaba de entre todas las rosas una de ellas a la que su padre dedicó una poesía titulada “A una Rosa en La Mañana”. Su padre, además de tocar la flauta para bien el deleite o bien el fastidio de los aldeanos, componía poesías desde su juventud. De él heredó su

afición por las palabras. Su progenitor, cuando no leía la prensa, siempre estaba entretenido escribiendo o teniendo entre sus manos algún libro teológico. Al final de su vida publicó un libro de poesías en castellano y algunas en el idioma de la tierra de su esposa, idioma que paradójicamente La Rosa no sabía escribir, pero sí comprender y chapurrear. A veces, permanecían por las tardes en casa sin ir al pueblo contiguo, donde su padre leía el periódico y ella comía galletas de coco. Entonces subían al pequeño monte que había enfrente de la casa, llamado La Sela. Desde allí oteaban, como verdaderos halcones, el impresionante paisaje que se mostraba a sus pies. La carretera comarcal que iba cruzando, como una serpiente, las verdes praderas de distintos tonos y de casas que se rendían al camino. Era allí, en ese momento, cuando más les gustaba hablar de Dios y de la vida. Decían que el destino del hombre estaba en manos de Dios y Dios lo avistaba como ellos veían y dominaban todo el impresionante paisaje que se mostraba ante sus personas. Si los meses de agosto los pasaba en la aldea de su madre, en julio iba al campamento de su parroquia. Comenzó a ir desde los ocho años, aunque las ordenanzas decían que no se podía ir sin haber cumplido los nueve años de edad. El campamento era todo un mundo. Iban a la meseta castellana, a un clima seco. El campamento estaba ubicado en una explanada a la orilla de la cual había un río. Allí era donde se bañaban, se lavaban diariamente y

limpiaban la ropa contra las piedras del río, además de desensuciar sus peculiares platos de comer. Las tiendas de campaña eran de una lona fuerte y blanca. Eran amplias, pues en cada una cabían seis o siete personas. El campamento duraba quince días y don Juan, el sacerdote, organizaba con gran dedicación el tiempo libre con el fin de que no les quedase ni un instante vacío. El campamento era humilde, pero bonito. Cerca de él había otro campamento, pero éste más lujoso. Y a un par de kilómetros estaba el pueblo que había visto nacer al párroco, razón por la que precisamente iban a ese lugar. Durante los quince días había actividades variadas para hacer. Recuerda La Rosa los cursos de macramé. En esos cursos, los niños hacían maravillosas colgaderas de macramé para poner las plantas y La Rosa soñaba con tener una planta en casa para hacer una de esas colgaderas; en su casa no había ninguna planta; demostración que ella creía del carácter seco de su madre. La última semana organizaban las olimpiadas. Ella ganó tres medallas un año en el que había ido sólo el pelotón de los torpes y entre ellos la que había despuntado era La Rosa; fue, como se suele decir, la cabeza de ratón. De las olimpiadas lo que más le gustaba eran los partidos de Voley Boll. En ellos, la tensión que se generaba por el juego la excitaba de una forma que hoy aún recuerda con gran agrado. Era como cuando en el patio de su casa los chicos del barrio jugaban al bote. Cuando se escondían en lugares secretos y corrían, sin procurar ser

vistos, para darle una patada al bote y así poder rescatar a todos los que habían sido descubiertos por el que se quedaba. En el campamento también jugaban a los rastreos, como auténticos boys scouts. Además, por las noches, al lado de una gran hoguera, hacían veladas literarias y teatrales. Cada grupo, que se clasificaba por tiendas, hacía una representación: la recitación de un poema, una canción, una obra de teatro, etc. Al finalizar la velada, haciendo un círculo, caminaban alrededor de la hoguera cantando el Ani Kuni, una canción india que invocaba a la noche y al fuego. Pero no todo era felicidad en los días de campamento. Un gran trauma infantil le quedó a La Rosa de él. El primer año de campamento, con ocho años, todos, si querían evacuar, tenían que pasar por las letrinas, que estaban situadas en lo alto de una loma. Un día había mucha cola para el servicio de féminas y La Rosa no pudo aguantar más y se fue detrás de la pequeña edificación, se apoyó en ella y se meo literalmente por los pantalones mientras lloraba. Recuerda muy bien como dos chicos veteranos la vieron y empezaron a reírse y a burlarse de ella. Ese trauma perduraría durante toda su niñez y cada vez que iba al campamento tenía esa fijación obsesiva que la atormentaba. En sus días de niñez iba con sus padres los fines de semana por el verano a la piscina. A veces, le acompañaba su amiga, la pintora, que aún hoy se acuerda de las tortillas de patata que hacía la madre de La Rosa. Aprendió a nadar sola. No fue a ningún

cursillo de natación. Recuerda que aprendió a nadar tarde, a los catorce años. Cuando cumplió los catorce años ya iba con la pandilla del barrio, sin la compañía de ninguna persona mayor, a la piscina. La única piscina municipal que había en aquella época estaba al otro extremo de la ciudad, en la zona alta. Sin darse cuenta comenzó a usar la parte de arriba del biquini, puesto que ya le estaban creciendo las mamas, pero la regla aún no le había venido. Por aquella época padecía de dolores en la barriga, pero no se lo decía a su madre. Recuerda años atrás como, cuando se iba a acostar, siempre le pedía un vaso de agua a su padre. Él se lo daba y la zarandeaba en la cama, entre risas, acunándola como a un niño pequeño. Ese era uno de los pocos gestos de cariño de su infancia y de él se alimentaba. El último día de colegio tuvo un presentimiento muy fuerte. Cuando cogió el autobús por última vez, en un gesto clarividente, presintió que sus días de felicidad y de niña brillante se habían acabado. Que su luz se apagaría para entrar en un túnel de gran oscuridad: los días de su adolescencia. Y así fue. Sintió la necesidad de cortar su bella y espesa cabellera como un acto de tributo ante la muerte, y apareció como una jovencita asexuada en su primer día de instituto. El centro de educación donde iba estaba en uno de los lugares más concurridos de la ciudad. Allí, en su juventud, había estado su padre. Por eso su progenitor quiso que fuera a ese instituto, para desgracia, como ya se verá, de su profesor de

alemán. El edificio del instituto era enorme. Se parecía a una gran cárcel descrita por Tolstoi. El suelo era negro y la pared estaba hecha de ladrillos marrones. Había dos pisos y en frente un edificio más nuevo que era en gran parte azul por fuera. Había un gran polideportivo, un patio exterior y un reloj en lo alto del edificio que siempre daba las dos. Había pasado de unos pasillos diminutos, que eran los de su escuela, a unos enormes, llenos de amplias aulas. En el jardín que ahora estaba había todo tipo de flores; heavys, punks, nazis, mods, rockabilly, pijos y gente anodina y entre la gente anodina resultaba estar ella. Vestía siempre de vaqueros y camiseta por el verano y, si era invierno, llevaba amplios jerseys y anoraks. Sus vaqueros eran de los más asexuados que había. Se los compraba una talla o dos más grande y se preguntaba, en su eterno despiste, cómo había chicas que tenían tan buen tipo, ya que los vaqueros les quedaban tan bien. El secreto era el llevar unos vaqueros ajustados al cuerpo, cosa que ella no se daba cuenta. Recuerda la Rosa a una chica perteneciente a los Rokabilly llamada Casandra. Casandra era su modelo femenino no a imitar precisamente, pero sí a admirar. Casandra llevaba unos zapatitos de tacón, una falda tipo años cincuenta, un bolsito a juego con los zapatos, y una larga coleta que hacía con su pelo negro, además de ir muy maquillada ¡Casandra!, decía para sí, ¡qué chica tan bonita y qué nombre tan hermoso! De haber nacido otra vez le hubiese gustado llamarse

Cassandra. Recuerda también como el primer día de clase un profesor, que luego sabrían que daba matemáticas, entró en su aula y les dijo, como un vaquero pavoneándose en el casino, que iba a ser el tutor de ellos por suerte. Al año siguiente entró en su clase y, con la misma presunción, les dijo “lo siento chicos, pero este año no me tenéis”. En aquella época pasó de sacar todo sobresalientes a todo suficientes. Pasó de salir a divertirse con sus amigas a enclaustrarse en casa. Sólo salía para ir al instituto. Los fines de semana los pasaba en casa escuchando música y leyendo. Su afición por la lectura fue tardía. Le surgió a los quince años. Por aquella época ya se le había despertado el gusanillo de ser escritora. En el colegio había compuesto una poesía que representó a éste en una revista literaria editada por el ayuntamiento de su ciudad. Pero bien sabía ella que nunca podría ser una buena escritora sino llegaba a ser una buena lectora. Su primer libro de lectura fue El Camino. Lo leyeron en el colegio cuando tenían diez años. El Viejo y el Mar sería su segundo libro de lectura oficial y el tercero, 470 grados Fahrenheit. Pero, como ya ha dicho, su afición autodidacta por la lectura le llegaría a los quince años. Entonces, con el libro entre sus manos de La Vida de San Agustín, dijo “a Dios pongo por testigo que jamás leeré un libro malo, ya que quiero ser una buena escritora” Y así fue. Pensaba que jamás había leído un libro de mala calidad, lo que implica leer mucho a los muertos. Que le perdonen los

escritores que están vivos, entre los cuales ella se encuentra. En esa época el contacto que tenía con la realidad: sus juegos de niña, sus telediarios, sus clases particulares con su padre desaparecieron para engullirse en un torturador mundo ajeno a lo presente y, por lo tanto, alienante. El empezar a leer le costó, dado que por un lado era una niña hiperactiva y por otro vivía muy inmersa en su mundo imaginario, pero dejó que otras plumas que no fueran su cabeza preñasen su realidad. Sus dolores de barriga eran cada vez mayores hasta que su madre un día la llevó literalmente arrastras al médico. Todavía no le había llegado la regla y eso había sido la causa de su malestar. Su himen era totalmente íntegro, demasiado íntegro, ya que, poco después de visitar al ginecólogo, la operaron y le hicieron una incisión de unos tres o cuatro centímetros por donde salió en la mesa de operaciones toda la sangre de la menstruación acumulada de al menos un año. Los médicos dijeron que había tenido mucha suerte al no haber tenido una infección interna. Este pasaje de su vida ilustra perfectamente las difíciles relaciones con su madre. Uno de sus grandes traumas se forjó en este episodio. Uno de los grandes tragos de su vida que reflejaban la triste y tirante relación que tenía con su madre. Igual de traumático fue la fotografía que hicieron a su vagina antes de operarla, dado que era del todo de interés científico. Así, la mesa de operaciones, con las enfermeras, el anestesista, el fotógrafo y los médicos

parecía el Camarote de Los Hermanos Marx. La Rosa, tras la operación, vio en el lavabo del hospital el hilo de sangre de su regla, cosa que le asustó mucho. Al hospital le fueron a visitar amigos y vecinos, con lo cual el inicio de su periodo se convirtió en algo oficial y bastante retardado. De esta época recuerda otro episodio que le impresionó. Por primera vez en su vida vio un cadáver delante de ella. Cuando tenía cinco años y murió su abuela estaba empeñada en ir a su funeral y ver su cadáver. Supongo que sería una reacción de una niña Escorpio: la familiaridad con la muerte, pero su madre no la dejó, por considerarla demasiado pequeña para asistir a semejante acto. Ahora era el cadáver de su tía, que tenía enfrente de ella, en el centro de la biblioteca de la casa de ésta. Su tío era el hermano de su madre y era el director de la sucursal de un banco en una pequeña localidad, en las rías del país de Los Cantares. Al morir él, su tía se sumió en una gran depresión y acabó suicidándose al colgarse de la cisterna del servicio. La muerte traumática de su tía fue vivida por ella como una novela de las que tanto había leído. Recuerda que todos fueron en el coche de uno de sus hermanos hasta el país de Rosalía de Castro. Por el camino había una gran niebla, que casi les hace chocar con un camión, y por la cual se perdieron. Su padre dijo a sus hermanos que parasen el coche, que él se iba a apear para ver en dónde estaban. Entonces su madre dijo: “Veréis, hay va Miguel de la Cuadra Salcedo”. Comparar al atlético y

aventurero Miguel con su padre, un hombre redondo y pequeño, con la vida sedentaria de oficinista, era una fina ironía de su madre que les hizo reír a todos y les sirvió para olvidar durante un momento la muerte traumática de su tía. Su tía era una mujer muy atractiva. Sin ser guapa, era la típica española, morena, alta y con cuerpo de guitarra, de mujer bandera. Era muy coqueta y a la vez muy espiritual. Pertenece a la Acción Católica, de la cual el padre de La Rosa también era integrante en su ciudad, y tenía una voz y un hablar muy sugerentes. Tenía una hermana que era casi tan atractiva como ella. Su cara en la caja de muerto era adusta y serena. Uno de sus sobrinos por parte de su familia se acercó a La Rosa y estuvieron hablando en la terraza durante un buen rato. Era un buen chico: humilde y atractivo, y, cuando finalizaron la conversación, le dijo un piropo: “raramente se puede tener una conversación con una mujer guapa”. Dicho piropo le hizo sentirse por un instante muy orgullosa de sí misma, instante efímero, que luego desapareció para hundirse en sus más profundos complejos de inferioridad. Y es que su adolescencia fue la de una crisálida en un purgatorio. Era un eterno sufrimiento. Vivía traumatizada por considerarse fea, tonta y mala persona. No se veía ninguna virtud y experimentaba un sufrimiento muy parecido al del desamor, como luego más adelante padecería. Su relación con el espejo se hizo profundamente neurótica. Como cuando tenía cinco años, se miraba todos los

días en una luna del armario de su habitación durante horas y horas y lo que veía no le gustaba nada. Llevaba el pelo excesivamente corto. Era pálida y ojerosa. Tenía un aparato corrector en los dientes y su cuerpo era totalmente asexuado. A veces la gente se confundía y pensaban que era un chico. Así, iba a la cola de la panadería y siempre había un cliente que decía: “deje pasar al niño primero”. Ella no decía que era una chica, manteniendo la ambigüedad hasta el final. Había algo que la divertía de ese juego y pensaba que era como Greta Garbo en la Reina Cristina de Suecia. Hablando de actores, por aquella época leía los suplementos en el ABC de Terenci Moix sobre los intérpretes de la época dorada de Hollywood. Pero más que leer los suplementos, que a veces no acababa porque no tenía paciencia, recortaba las bonitas fotografías de los actores y las ponía por la habitación. Entre sus fotos favoritas estaban las de Cary Grant, Greta Garbo e Ingrid Bergman. Siempre había soñado ser una mezcla de Greta Garbo e Ingrid Bergman, sus actrices favoritas y sus ideales de belleza, y siempre había soñado tener un hombre a su lado como Cary Grant, con un atractivo hoyuelo en la barbilla. Mientras su imaginación pendía de las fotos de la pared, oía Radio Ochenta Serie Oro, una emisora que ponía clásicos de la música moderna. En su vida de vegetal, ya que no hacía ninguna actividad que no fuera leer y matar el tiempo en el pupitre de la clase , se levantaba hasta muy tarde porque iba al instituto en horario

vespertino o , más adelante, por la noche. Así, su madre siempre le estaba diciendo, como un disco rayado, que era una vaga y que jamás se sabría ganar la vida. Con el paso del tiempo leyó en una revista de sociedad que una actriz erótica francesa, la cual se había hecho cientos de operaciones de estética hasta deformarse, se había suicidado en parte por la traumática relación que había tenido con su madre, la cual le decía en su juventud que sólo valdría en la vida para vaciar orinales. Esta horrorosa melodía era lo único que oía de su madre La Rosa. Por ello, la presencia en su vida de su madre la castraba de tal forma que tenía un profundo complejo de haber nacido. Su progenitora tenía dos caras: una para los de afuera, como decía su padre, y otra para los de adentro. Para los de afuera era una criatura atractiva y encantadora y para los de dentro era un ogro repelente. De tal forma que era abrir la puerta de casa y cambiar de carácter. Otro rasgo enfermizo de su personalidad era la excesiva limpieza con que les esclavizaba. Muestra de ello era que para ir por el pasillo, sin mancharlo, iban con gamuzas que imitaban a un pez. Sobra decir que estar en casa era una batalla dura de supervivencia. Por aquella época volvió a refugiarse en su pequeño palacio de cristal, donde habitaba el hombre más guapo del mundo: su príncipe azul. Un hombre de mirada bella y limpia. Mientras todas sus compañeras ya tenían novio, La Rosa tenía numerosas ensoñaciones con su príncipe. Soñaba que sería una princesa que quitaría las

excesivas riquezas a los ricos y las repartiría entre los pobres. Su sueño de Robin de Los Bosques era harto inocente. Hasta la fecha jamás había sufrido por amor y nunca lo haría hasta muchos años después. En COU le impartió clase un maravilloso Richard Burton. Era el profesor de arte del instituto, que a ella le daba historia contemporánea. Su belleza, como la del actor, era del todo atormentada. Fue un amor platónico que jamás le haría sufrir, pero si pasar ratos entretenidos mientras lo tenía en su mente. Pensaba en que su famoso Marco Antonio vendría a recogerla, como a una auténtica Cleopatra, para casarse con ella y tener pequeños y fascinantes príncipes. Ya desde el inicio del Bachiller se había despertado en ella la fijación por los profesores. El hecho de que su padre le diese clase en su niñez le había despertado dicha obsesión en una clara manifestación del complejo de Electra. En su vida tal complejo estaba suficientemente justificado. Tenía un padre maravilloso y una madre castradora. El caldo adecuado de cultivo del complejo que se había estado forjando durante toda su existencia. Cuando tuvo diecisiete años decidió abandonar el enclaustramiento al que estaba sometida por voluntad propia. Entonces fue cuando, los fines de semana, comenzó a salir con su amiga, la pintora, y otra amistad más. Nada más iniciar su primera salida descubrió el deseo sexual que provocaba de forma acusada la tercera amiga. Sus ojos de gata y su perfecta figura en nadie pasaban desapercibidos. Ella,

por el contrario, era mirada a veces, pero no con ese descaró y obscenidad. Salir con La Gata era como estar en un circo. La Rosa, al reflexionar sobre ello, pensaba que jamás en su vida había visto una mujer que despertase tanto deseo sexual. Para ella, el ver que los hombre la miraban y, a veces, si no iba con ellas, la miraban a ella, fue muy desagradable y algo del todo desconocido. Cuando era pequeña quería ser mirada y ahora, que a veces lo era, le desagradaba hasta que se acostumbró y dicho gesto le empezó a gustar. Afortunadamente hoy, en su treintena de años, ya no está pendiente de si la miran o no por la calle, dado que su cabeza y su corazón están llenos de las vivencias del equipaje de su vida y su equipaje, créalo, no está tan vacío como para que su autoestima dependa de la mirada de un extraño. Mientras ellas tenían novios, La Rosa, ilusa de ella, seguía soñando con su Príncipe Azul. Tardó años en confesar que le gustaba el príncipe que vivía en el Mediterráneo, concretamente cuando ya tenía dieciocho años y ya lo había jubilado como su gran amor platónico. Pensaba que era un gesto por su parte muy pueril y cursi, pero desde que descubrió a sus treinta y cinco años, haciendo su tesis doctoral, que el cineasta don Luis Buñuel había estado enamorado perdidamente durante toda su juventud de la reina Victoria Eugenia y que soñaba con narcotizarla y poseerla, dicha anécdota de su vida ya no le avergonzaba, sino que la veía como algo cómico. En el primer COU

no se presentó a ninguna asignatura, salvo a latín, que aprobó. Ella diría que por inercia. Entonces su padre por primera vez la riñó por las notas que había sacado. Tal riña la recuerda como un sueño, pues su padre, paradojas de la vida, jamás se preocupó de las notas que sacaba durante su adolescencia y su juventud. Su padre, con ser profesor particular durante treinta y cinco años, nunca se preocupó de su futuro, ni la orientó profesionalmente. En las largas conversaciones tenidas con su amiga, la pintora, sobre sus vidas, achacaban estos fallos de sus padres a que ellos jamás habían tenido una familia, ya que se habían educado en la inclusa, y no sabían en determinadas áreas ejercer de padres. Así que La Rosa siempre fue dueña de su destino intelectual. Su iniciativa era puramente de ella y cuando le dijo a su padre que quería hacer la carrera de Filología Hispánica, después de repetir COU, a él no le pareció ni bien, ni mal simplemente le dijo: “haz lo que a ti te parezca”. Sin embargo ha de decir de su padre que le transmitió el tesoro más preciado del mundo: su fe en Dios. En sus conversaciones sobre Dios fue descubriendo a una deidad amorosa y misericordiosa, con una enorme capacidad de perdón. Ella concibe ese Dios amoroso pero, en sus noches oscuras, ese Dios se convierte en tiránico y vengativo haciéndole sufrir lo indecible. Su padre también le transmitió los valores de la honradez y la bondad. Ha de añadir aquí que salvo sus ataques de mal genio, en donde no deja a títere sin cabeza y da unos

gritos con toda la potencia de voz que una soprano primera pueda tener, que es mucha, jamás ha hecho daño a nadie, por lo menos de forma intencional. Cuando salían por las noches, a los dieciocho años, su madre no la dejaba alternar. Si no fuese por su padre, que no le imponía un horario, jamás hubiera podido salir a divertirse. Su madre estaba toda la noche pendiente de cuando venía o no. A veces, cuando venía tarde, le decía que qué hacía a esas horas por la calle y la tildaba de prostituta para arriba, si es que hay algo más arriba. Con la pandilla que andaban La Rosa y su amiga, la pintora, jamás se integró. Por aquella época su gran complejo de inferioridad le impedía relacionarse con naturalidad. Así que mientras los demás se divertían en el Mare Nostrum, que así se llamaba el bar en donde solían parar, ella se quedaba sola, en un rincón, con su vaso de vodka, como si de una actriz de cine negro se tratase. La Rosa no le hacía caso a los reproches de su madre y seguía saliendo. Reconoce que algún día puntual la ingesta de alcohol era excesiva e iba un poco achispada a casa. Dicho consumo de alcohol fue lo que contribuyó aún más a que La Rosa cierto día, que todavía estaba por venir, comenzara a alucinar. Por fin acabó el instituto y decidió ir a la universidad. Pero antes ha de contar una nota distintiva de su estancia en el instituto: su guerra no declarada contra el profesor de alemán. Como ya he dicho era una niña con muchos complejos, que en las demás clases no se notaban, al ser tantos, pero

sí en la de alemán, al ser justo cuatro alumnos y ser una clase de idioma, donde la participación era obligada. Durante todo el instituto, en la clase de alemán, era un convidado de piedra. Ello ponía de los nervios a su sufrido profesor de alemán, que por aquella época era un jovencito, debía de tener veintitrés años, presiente la Rosa que con muchos problemas y bastante nervioso. Se juntaba, pues, el hambre con las ganas de comer, y parecían el perro y el gato del instituto. Desde aquí pide disculpas, repito, a su sufrido profesor de alemán, y espera que no se sorprenda al saber que ahora, en su madurez, está estudiando el alemán por su cuenta; paradojas de la vida. Debe de ser la que más alemán sabe en estos momentos de los cuatro alumnos que eran. También ha de decir que si en clase de alemán y en el resto de clases estaba muy incómoda, en la clase de latín de su segundo COU estaba como la Cenicienta en el baile del palacio. Su profesor de latín era un señor mayor a punto de jubilarse, que lo llamaban como se denominan a los animales que comen bellotas. Lo llamaban de esta forma por ser grueso de tronco y tener las extremidades pequeñas como las del animal mencionado indirectamente. Era un hombre lleno de experiencia y algo excéntrico hasta el punto que un día se dirigió a La Rosa y le dijo que ella no le sorprendía, pues había tenido alumnos de todas las clases, hasta uno que tomaba no sé qué y veía la acera a la altura de los ojos. Entonces fue cuando se dio cuenta que en el instituto la

tenían por una rara conflictiva. Al finalizar el curso le puso un sobresaliente: el único que sacó en todo el bachillerato. Por ello tuvo que soportar cierto día en que el profesor se pronunció diciendo que las clases de caras bonitas no daban resultado, el que una alumna, bastante agraciada por cierto, le dijera a La Rosa :“te está llamando fea”. Descanse en paz el profesor de latín, si es que ya ha muerto. Así finalizó el bachillerato e ingresó, acto seguido, en la universidad. El primer año fue a un edificio antiguo, cuyas ventanas con rejas iban a dar a la cocina económica. Seguía con cierta rebeldía de carácter y siempre llegaba cinco minutos tarde a la primera clase. Picaba con toda naturalidad y entraba con una gran solemnidad, como si de una actriz de Hollywood se tratase, e iba por el medio del pasillo, entre los pupitres, para ponerse al final del todo. La brillante profesora, muy observadora, dijo un día de forma genérica que interrumpir la clase todos los días llegando tarde era un acto perverso. A ella, que siempre se le había catalogado de inocente, era la primera vez que alguien le decía que era perversa y daba en el clavo. No sé si también sería perversidad el reconocer que, desde que empezó a gustar a los hombres, disfrutaba resultando inalcanzable y no sufría en absoluto porque jamás se había enamorado. Luego, con el paso del tiempo, leyó una interpretación psicoanalítica que decía que la mujer que resultaba inalcanzable y era perseguida por los hombres representaba la conciencia del individuo en su

afán por descubrirse a sí mismo. De ahí ese acto de querer alcanzar la conciencia que los escritores realizan mejor que nadie. Cuando se distraía en clase, miraba a través de las ventanas y veía las de la cocina económica. Entonces se imaginaba que se hacía monja y se dedicaba a los más desfavorecidos para darles garcilladas de amor, el amor que se le había negado en su vida. Las relaciones con su madre iban de mal en peor. Recuerda una mañana que su madre irrumpió en su habitación y le quitó las sábanas de su cama en donde estaba recostada, dejándola en pijama para decirle: “levántate vaga. No ves que ya es tarde”. Miró el reloj y eran las siete de la mañana: una hora antes del tiempo en que se tenía que levantar. Su madre se había equivocado de horario y para ella esa acción fue una vejación difícil de olvidar. En la universidad se sentía la persona más inadaptada del mundo. Tal es así que a veces no se daba cuenta de cuándo era fiesta y, por lo tanto, día no lectivo porque su relación con el resto de estudiantes era inexistente. Comenzó a desarrollar una fobia hacia los adolescentes, que más tarde, durante su depresión profunda, se recrudecería. La convivencia entre su madre y ella ya resultaba insoportable. La situación era cada día peor. El cáncer que le detectaron ese año a su progenitora fue el principio de un recrudecimiento en su carácter de sicópata, que hizo que la tiranía que ejercía sobre La Rosa se endureciera. Su madre se había ensañado con sus hijos por orden de

nacimiento. Primero fue con su hermano, el mayor. Luego con el mediano. Ambos habían terminado por marchar de casa con sus respectivas parejas ante el acoso, y después fue con La Rosa. Las discusiones eran constantes hasta tal punto que en una de ellas su madre casi parte la escoba de barrer en su espalda. Era la primera vez que su madre la había maltratado, no sólo ya psicológicamente, sino físicamente y la última. En otra de las discusiones, su hermano, el policía, vino de uniforme a casa para apaciguar los ánimos y La Rosa acabó recibiendo un monumental bofetón por parte de él ante una pérdida de nervios por la situación tan tirante que existía en casa. Ante el oscuro panorama decidió irse de casa, pero la enfermedad ya hacía mella en ella. Buscó un trabajo y encontró una casa para limpiar y cuidar a un niño. Pero antes su padre, siguiendo su carácter protocolario, se empeñó en hacerle un examen psicológico con el fin de dictaminar si era suficientemente madura para independizarse. Toda la vida hablando de Dios y de la vida con su padre y ahora la trataba como a una descocida y tenía que pasar por un examen psicológico. Así era a veces su padre. Sobra decir que el examen psicológico fue un desastre. Consistía en rellenar un cuestionario, que interrumpió dos o tres veces porque se había perdido, ya que estaba llorando como una magdalena, pero milagrosamente el psicólogo, hermano de un profesor universitario amigo de su padre y también profesor él, este de psicología, dictaminó que era madura

para irse de casa. Sin embargo le aconsejó mejor que no se marchase, sino que estuviese todo el día fuera del hogar y regresase por la noche a dormir. Si hubiera seguido su consejo, posiblemente no se hubiese puesto enferma. El trabajo era desde las ocho de la mañana hasta las tres. No había ni un rato de descanso. Estaba explotada y el niño era realmente insoportable. El padre era un neurótico profundo, peor que su madre en su manía por la limpieza y fue cuando recordó ese refrán tan español de “más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”. Lo único bueno de la casa era la mujer. Una mujer culta y con un espíritu refinado, aficionada a la música y a la lectura. Aquella mujer era un oasis en el desierto de su casa. Lo bueno de irse de su casa fue que compartió piso con dos hermanas, amigas de la pintora. Eran encantadoras y gracias a ellas los días fuera de casa se hicieron más soportables. Por la tarde trataba de estudiar, pero lo que hizo no le sirvió para nada, no estaba lo suficientemente concentrada. Los fines de semana iba a casa de su madre y le hacía la compra, ya que su progenitora cada vez estaba más enferma. Así todo, su madre fue un ejemplo de enferma. Su resistencia física ante la quimioterapia era digna de admirar. Hizo todas las faenas de la casa hasta que ingresó en el hospital para morir. El grado de estrés de La Rosa era insoportable y no podía seguir trabajando. Se lo dijo a sus jefes y la despidieron de mal modo. Regresó a casa y su madre terminó por tejer su

fuerte red, donde caería dos meses después. Era entre el mes de noviembre y diciembre cuando La Rosa empezó a alucinar. Sucedió en un fin de semana. La Rosa estaba en su cama y oía voces en su cabeza que de forma machacona la llamaban puta, sucia y estúpida. Al día siguiente pasé toda la mañana tiritando de nervios, acurrucada en mi habitación, sentada en una esquina de ella. Por la tarde le tocaba ir a los ensayos de una obra de teatro que se hacía en la universidad. Su amiga, la pintora, cuando vio que estaba delirando, le dijo, medio llorando, que volviese a casa. Pero antes había estado en el manicomio. Por la mañana había ido al médico con mi padre porque le dije que me encontraba mal. Cuando entró en el despacho del médico, su padre se quedó fuera y ésta le dijo al doctor que pensaba que su progenitor estaba mal de la cabeza. A mi mente venía la imagen de mi padre como la de un enfermo del siquiátrico, con la bragueta desabrochada, deambulando por las calles de la ciudad. El médico le dijo que a todas las chicas les dejaban sus novios y que no había que hacer un drama de eso. También le dijo que estaría por la tarde por si le hacía falta algo más. Regresé con mi padre a casa. Era el mediodía y nos pusimos a comer en la mesa. En ese momento sentía que mis padres comían como auténticos marranos y que parecíamos una piara de cerdos en una pocilga comiendo groseramente pescado. Por la tarde le dije a su padre que iba a dar una vuelta. Fui al dispensario médico que estaba al lado del

manicomio y le pregunté a una enfermera que dónde estaba la cafetería del psiquiátrico. Ella me lo dijo un tanto extrañada y me dirigí al manicomio. Entré en la cafetería y me puse en una mesa. Observé los movimientos de los locos, que parecían relojes desacompasados, marcando el tiempo del vacío, de la muerte, y quiso desesperadamente en su vida sentirme útil de alguna forma: deseaba quedarme a servir detrás de la barra de la cafetería para el resto de mi vida. Un guarda jurado que pasaba por el lugar, haciendo su trabajo, la sacó de la cafetería y me dijo que allí yo no podía estar, que me fuera a mi casa. En la puerta del manicomio había un enfermo alcohólico que me contó su adicción, era él el que había avisado al guarda. Y me preguntó si me había dejado el novio. Todo lo que me estaba pasando se reducía para la gente de mi entorno a algo tan simple como que me había dejado el novio. ¿Pero qué novio? Si yo jamás había tenido un novio y ni si quiera quería tenerlo. Y La Rosa fue a casa acompañada por el enfermo alcohólico, que muy amablemente se había ofrecido para acompañarme. Luego fue cuando vio a su amiga, la pintora, y fue cuando ésta le aconsejó que no fuese a los ensayos y se dirigiese a su casa. Mi madre, antes de acostarme, fue a por patatas a la despensa y me cruce con ella en el pasillo. Entonces, con el cuchillo que llevaba en la mano, hizo un amago de herirme. Alzó la mano con él y yo di un grito. A continuación me acosté. Mi madre permanecía en la cocina. El ambiente era hartamente tenso. La

madre abrió el cajón de los cubiertos con fuerza. Ante ese ruido, inmediatamente después, La Rosa se levantó de la cama, salió de la habitación, abrió la puerta y echó a correr escaleras abajo. Pero antes, cuando puse mi pie desnudo fuera de casa, vi como si un cuchillo invisible rajase mi talón y gotas de sangre corrieron por el portal al unísono de mis pasos por él. Al salir del edificio me fui al de enfrente, en donde vivía mi amiga, la pintora. En la calle, donde había oscuridad, sólo estaban en la ventana una vieja cotilla, que haría de notario en todo el barrio de lo ocurrido, y en el portal de mi amiga, un joven al que yo siempre le había caído mal. Entró en el portal, gritando que la madre me quería matar con un cuchillo, y me dirigí escaleras arriba con la velocidad del diablo. Piqué en su casa y su madre, asustada, me abrió. Mi padre, siguiendo las gotas de sangre, se dio cuenta que había ido a la casa de mi amiga y llamó a su madre. Los dos quedaron en que durmiese esa noche en la casa de mi amistad y así lo hice. Su madre le curó la herida a La Rosa y le echó en una cama matrimonial, que era donde dormía su amiga. Ésta esa noche durmió en la habitación contigua. Por la mañana era domingo y mi padre me vino a recoger a casa con mi hermano mediano. La llevaron a la vivienda de mi hermano y esa noche de domingo durmió allí. Dormité en una habitación donde guardaban los trastos y había un colchón. En la habitación de los trastos me sentía uno más. No pude dormir nada y oí el

camión de basura. En ese momento, al oír el camión, me sentí una bolsa negra de basura, me sentí que era basura, pura basura. La sensación de desamor fue brutal y el suicidio rondaba por mi mente. Llegó el lunes y fui con mi padre al siquiatra. En la sala de estar del siquiatra, una mujer que parecía tener una discapacidad intelectual me pidió fuego. Yo le dije que no fumaba. Entonces creí que allí iban todos los que tenían discapacidad intelectual y pensé que mi madre nunca me quiso por haber nacido con cierto retraso. Entré primero en la sala del sicólogo y éste me evaluó haciéndome una batería de preguntas. Me preguntó que si había sufrido cambios en mi físico y yo le dije que mi mirada se había vuelto más brillante y penetrante. Acto seguido la pasaron a la consulta del siquiatra. Allí conoció a quien iba a ser su siquiatra durante más de veinte años. Era un hombre mayor, el jefe de la unidad, y con fama merecida de doctor brillante. Le dije que yo era la encarnación del mal y que no quería serlo. Le dije más cosas de las que no me acuerdo o, quizás, como dijo Cervantes, de las que no me quería acordar. El médico me recetó una medicación y me indicó que viniese a la semana siguiente. Pasó una semana y fue cuando a la consulta no sólo vino mi padre; mi madre nunca fue. Los doctores dijeron que era mejor así, sino que también vino mi hermano mayor con su mujer. Todos preguntaron al doctor si saldría adelante y el médico les dijo que no se preocupasen, que me recuperaría. Durante una época de cerca

de un mes viví con mi hermano mayor. Recuerdo que el ambiente de pareja entre ellos por aquella época no era muy bueno. Ello ayudó más a crear entorno a mí un ambiente glacial. Una frialdad por todas partes que casi me hace desesperar. Era una noche de invierno cuando me acosté en la cama. Cuando estaba sola, en la oscuridad, me entró un desasosiego sin igual. Tenía le tentación de echarme a gritar, darme contra las paredes y tirarme por la ventana. Pero en ese momento me vino a la memoria Dios. Mi Dios me dijo que rezara un Padre Nuestro. Recé un Padre Nuestro y, acto seguido, me invadió una paz interior y una dulzura difíciles de describir. Una dulzura parecida experimenté cuando, siendo una adolescente, en mi vida de desamor, yendo por la calle, una gitana analfabeta me pidió que le ayudara a llamar a un número de teléfono en una cabina. Yo lo hice y me sentí la mujer más dichosa del mundo; por fin era útil en algo. Después de un mes y, superada la sicosis, fundada en gestos reales, en que mi madre me quería agredir con un cuchillo, volvía a casa. Mi madre le había dicho a mi padre que, durante el tiempo que yo había estado fuera, ella había sido muy feliz. A mi padre se le cayó, como se suele decir, el alma a los pies. De la noche en que marché despavorida de casa mi madre hizo sólo un comentario: ¡qué vergüenza! Los cacharros estaban sin fregar en el fregadero y cuando vinieron los vecinos los vieron sucios. Así era mi madre. Tenía una hija a la que le había creado un trastorno

mental grave y sólo se preocupaba de qué dirían los vecinos si los cacharros estaban sin fregar. Estos pensamientos eran muy habituales en ella. Un día mi padre tuvo que ir a tocar a un funeral en una Iglesia a la que se iba por la orilla de la carretera, sin aceras, puesto que todavía no las habían hecho, y a mi madre le dio por pensar, ante su tardanza, que a mi padre le había atropellado un coche y había muerto. Lo primero que pensó es que en ese momento no tenía medias negras para el funeral y el bendito de mi padre mientras tanto tocando al armonio, sin el saberlo, su funeral en la Iglesia. Recuerdo que el inicio del brote se me manifestó con la idea obsesiva de un perro podrido y descompuesto. Iba en el autobús una semana antes y veía en mi imaginación en cualquier esquina de la ciudad un perro muerto y podrido. También recuerdo el paseo que dimos la madre de mi amiga, la pintora, y yo el domingo por la mañana antes de que mi hermano y mi padre me recogiesen. La madre de mi amiga, mientras caminaba, iba diciéndome que pondría ese día de comer lentejas y yo en ese momento pensaba desesperadamente que la providencia me había deparado ser la encarnación del mal, ante lo cual yo me rebelaba. La escena tenía su hilaridad. Mientras la madre de mi amiga pensaba en una humilde olla de lentejas, yo tenía en la cabeza que sería la perdición del mundo. Durante tres años dormí como una marmota. Me pasaba doce horas por la noche en la cama y dos o tres horas de siesta. La medicación me había

creado dicho efecto. Me hicieron lo que mi padre llamó una cura de sueño. Recuerdo el día en que dejé los estudios. Era un día de diciembre. Pasé por mi odiada facultad y ya no tenía fuerzas para ir a clase ni para leer nada. Entonces tiré, en un viejo contenedor cercano al Milán, mi carné de estudiante. Por aquella época recuerdo que estaba leyendo una lectura obligada en una asignatura: “El Arco y La Lira” de Octavio Paz. No pude continuar con la lectura porque, cosa rara en mí, se me cayó el libro literalmente de las manos. En un ejercicio de clase recordé haber hecho una poesía que reflejaba lo que había sido mi vida. Se titulaba “La luz de tu amistad”. Durante cerca de un mes la recitaba noche y día, de forma que machaqué la cabeza con dicha composición, en definitiva con mis carencias. La poesía no era de gran calidad, pero mostraba con cierto sentimiento las carencias de una mujer que busca encarecidamente la amistad en la vida para suplir el resto de sus vacíos. Bien pudiera ser ese el resumen de mi vida: una madre que nunca me quiso o, mejor dicho, que me quiso a su manera. Un padre que he adorado tanto que me ha impedido tener pareja: cualquier comparación con él era decepcionante, y unos amigos, mis seis amigos maravillosos: María, Cristina, Juanjo, Marilina, Enrique y Carolina; seis geniales personas para una pobre huerfanita. Puedo decir por ello y por más cosas que la vida no se ha portado mal conmigo. Jamás he puesto un solo parche en mi vida, sólo uno: el de la

imaginación; bendito parche. Gracias a él no he caído en ninguna adicción, pues la imaginación es la droga más sana y brillante que existe. Una droga capaz de preparar al individuo para vivir la vida, por ardua que sea, en un paraíso perdido para algunos. Pero, tras esta pequeña digresión, sigo contándole el devenir de mi vida. Como decía, mi último día de facultad tuvo de protagonista a un contenedor. Desde ese momento, ya antes también, pero desde ese momento adquiriría un rencor muy pronunciado hacia la facultad y hacia sus inquilinos: los teenagers, que jamás me habían comprendido y me habían hecho sentir marginada, que no vejada ni acosada, durante mi corta estancia. Pasé un año sin hacer nada. Sólo dormía y dormía. Fue el inicio de mi depresión profunda que duraría cerca de tres años. Por aquella época perdí toda la ilusión por la vida. Por perder, perdí hasta la imaginación, por lo que estaba herida de muerte. Mi adolescencia había sido dura, mi primera niñez también había sido dura, pero tenía el palacio de cristal en el que refugiarme y a mi príncipe de mirada bella y limpia para soñar con él. Ahora ya no había ningún palacio de cristal donde la vida fuese bella y perfecta, ya no había un joven bueno y hermoso que te amase para siempre. Todo era vacío y ese vacío fue ocupado cierto tiempo después por la meditación en Dios y mi deseo de ser monja. Durante tres años soñé con ser monja. Durante tres años suspendí el pensamiento en la contemplación de Dios. Iba una vez al mes al siquiatra y

era mi padre el que, en un principio, hablaba por mí, ya que era mi estado tal de embotamiento que no podía decir nada. Mi deseo de ser monja fue tal que hasta escribí a la congregación de Teresa de Calcuta para hacerme misionera. Me contestaron con una carta muy sencilla; se notaba por la grafía que estaba escrita en una antiquísima máquina de escribir, en la que me decían que para ser misionera eran indispensables tres requisitos: tener una fe profunda en Dios, estar capacitada para aprender y, por último, estar dotada de una fuerte salud. Era evidente que este último requisito me imposibilitaba el ser religiosa. Mi médico y mi padre veían este gesto como una vana ilusión a la cual no daban importancia y comprendían que la tuviera, pues me permitía seguir viviendo. Entonces decidí que, cuando me recuperase, sería Carmelita Descalza como santa Teresa de Jesús o Santa Teresa de Lisieux, dos de mis santas más admiradas. Tal era así que, cuando me dirigía a mi casa, siempre elevaba la vista hacia el monte que había enfrente de mi ciudad y en cuya ladera estaba ubicado el monasterio de las Carmelitas Descalzas. Sabía que estas monjas hacían galletas porque de pequeña iba a comprarlas por medio de un torno y me imaginaba haciendo galletas en el convento como novicia y también, como no, acabando de incendiar el convento al no dárseme muy bien el manejo de la cocina. Por aquel tiempo mi amiga, la pintora, tenía un novio que un día le regaló un coco y un violín. Fue entonces cuando contemplé por

primera vez la posibilidad de tener yo también un novio, si es que todos los novios hacían regalos tan interesantes. El primer año que pasó desde mi brote no hice nada. El sólo hecho de levantarme era toda una heroicidad. Hacer mi cama, que era lo único que hacía, era para mí como estar de picador en una mina de carbón durante ocho horas diarias. Tal era mi depresión que los minutos parecían horas, las horas días y los días semanas. Llegó la Navidad. Era la segunda que pasaba desde mi dolencia. Por aquella época me cambiaron de medicación. Me pusieron un nuevo medicamento que había hecho su gran revolución en el campo siquiátrico: el Risperdal Risperidona, unas pastillas amarillas, que como escamas de serpientes, casi me dan una picadura mortal. El día de Nochebuena mis padres, después de la cena, se fueron a una salita donde estaba la televisión. Yo fui a la contigua, que era donde tenía mi sala de estudio. Echada sobre el sofá, con el sufrimiento de mi depresión intensa, me entró una profunda tentación de quitarme la vida. Cogí el Risperdal y a punto estuve de tomarme la caja entera si no fuese por mi miedo al infierno. Mi fe en Dios no estaba del todo desarrollada y, más que temer herir a Cristo en mi decisión, temía al infierno. No era un sentimiento de contrición sino de atrición. Para mí, lo más fácil sería haberme matado y lo más difícil fue por lo que opte: seguir viviendo, con todo el sufrimiento que ello implicaba. Mi padre me dijo, con el tiempo, que el cambio de medicación

era muy delicado y que en el psiquiátrico, donde él trabajó en la administración durante años, se habían dado casos de enfermos que acababan con su vida en el tiempo de esa transición de un medicamento a otro. Quizá fue lo que en parte me ocurrió a mí. El caso es que desde ese momento en mis crisis, en mis dos noches oscuras que suelo tener a la semana desde toda mi existencia, un sentimiento más se añadió de forma acusada a mi oscuridad, que rizaba el rizo de la tortura: el miedo a acabar tarde o temprano suicidándome. Pasado el primer año de mi depresión, mi madre ya estaba muy enferma e ingresó para morir. El médico le había dicho a mi padre que, si las deposiciones de mi madre eran acompañadas con sangre, inmediatamente fuesen al hospital y así sucedió. Mi padre le dijo a mi madre que tenía que ingresar. Días antes había estado con su preciosa nieta: una belleza de niña de ojos pardos y pelo negro, y nada apuntaba a que el final estuviese allí. El caso es que mi madre ingresó en el hospital y al segundo día respiraba con enorme dificultad en medio de su agonía. Los médicos le habían puesto morfina para aliviar su muerte. Recuerdo su final como si lo estuviese viviendo ahora. Desde el pasillo la observé en su habitación. Estaba agonizando y de repente oí un enorme estertor. La muerte le había llegado. Allí estábamos toda la familia. La madre de una de mis cuñadas dijo que tenía que comprar comida para los familiares que pudiesen venir y uno de mis hermanos, el mayor, le sugirió que me llevase

con ella, ya que él consideró que mejor estaba fuera del hospital que allí dentro, con el cadáver de mi madre de cuerpo presente. A la media hora estaba en el centro comercial más céntrico de la ciudad comprando filetes. La situación era hartó surrealista y absurda. Yo, con la suegra de mi hermano, comprando filetes a la media hora de morir mi madre. He de decir que en ese momento, además de experimentar lo absurdo que a veces resulta el vivir, me liberé de un gran peso: la enorme carga de mi madre, que me hacía sentirme no querida por los demás y sobre todo por mí misma. Los siguientes meses de la muerte de mi madre, mi padre y yo sentimos, a pesar de la tiranía que ella había ejercido en nuestras vidas, una sensación de echarla de menos, o precisamente por eso, por haber ocupado un lugar tan amplio en nuestras vidas, su hueco se hizo notar. En el segundo año de mi depresión me apunté a los cursos de manualidades que daban las Teresianas de Poveda en una parroquia cercana. Fui concretamente a clases de pintura, cerámica y costura. De mis profesores de cursillo recuerdo a un hombre entrañable que, siendo minero, dejó la mina y se fue con una beca a la Escuela de San Fernando para licenciarse en Bellas Artes. Su afición era la bicicleta y era una excelente persona además de tener mucho talento. También recuerdo a mi profesora de cerámica. Una mujer dedicada por entero a su trabajo de ceramista hasta tal punto que ponía el despertador para saber cuándo tenía que ir a sacar la olla

del fuego mientras estaba en su estudio realizando piezas de cerámica. El ir a estas clases suponía un gran esfuerzo de voluntad por mi parte, ya que mi capacidad volitiva había sido anulada por la enfermedad, por lo que faltaba muchas veces. El profesor de pintura me dijo, al finalizar el curso, que en mi primer día de clase le había sorprendido mi capacidad para captar las perspectivas y los volúmenes. Entonces recordé con cariño las copias que a los dieciocho años hice de algunos de los cuadros más famosos de la historia del arte. En ese momento se los enseñé al padre de mi amiga, la pintora, un genial dibujante y caricaturista, y me animó a seguir dibujando. Por desgracia lo dejé, pero, según mi opinión, creo que no tengo talento para ser una gran pintora, quizás sólo alguno para llegar a ser una pasable copista. Siempre he admirado la habilidad de mi amiga y la de su padre. Si hay algo difícil para mí de conseguir es realizar un buen cuadro y cantar bien un aria. La música y la pintura me parecen las artes más difíciles. Me viene ahora a la mente el fin de semana que pasamos, antes de ponerme enferma, mi amiga, la pintora, yo y su cuñada en un pueblo de la región en donde ésta última daba clases. Ese fin de semana hicimos una parodia radiofónica de los culebrones venezolanos que estaban en boga en esa época y cogimos una pequeña borrachera en la fiesta del pueblo. Era una de las pocas veces que salía de la ciudad. Con el tiempo, uno de mis primeros confesores me dijo que necesitaba salir de la ciudad,

aunque sólo fuese para ir a la de al lado, con el fin de distraerme y así burlar mis crisis. También me recomendó que, cuando tuviese las crisis, hiciese un ejercicio de caridad conmigo misma y le diese a Dios las gracias por todas las partes de mi cuerpo, por todas mis capacidades intelectuales y matices de mi personalidad que me había dado, con el fin de paliar mi enorme complejo de inferioridad y reconciliarme conmigo misma. En el tercer año de mi depresión me apunté a un cursillo de auxiliar de clínica. Fui a todas las clases, pero no me presenté al examen. Ya iba recuperando cierta parte de mi voluntad perdida. Durante toda mi depresión siempre salía con mi padre a todas partes. Mi padre tenía un amigo, cuya hija también padecía mi misma dolencia, y le dijo que lo tenía esclavizado, que tenía que ir a todos los sitios con ella y que su hija en vez de mejorar, iba a peor. Mi padre reflexionó como estaba nuestra situación y, por el miedo a acabar cayendo en el mismo error de su amigo, hizo una operación de destete. Si mi destete del chupo, cuando era pequeña, había sido problemático y tardío, éste aún lo fue más. Mientras mi padre salía, yo me quedaba en casa dando vueltas por la misma sin saber qué hacer. Prendía cien veces la televisión y no conseguía tener paciencia para verla; en esa época cogí una animadversión a la caja tonta que todavía me dura hoy día. Mi situación era como la pescadilla que se muerde la cola: intentaba hacer algo, pero no podía por mi falta de voluntad y ésta inactividad generaba más

falta de voluntad y más ansias de hacer algo para huir del sufrimiento del vacío. A veces papá y yo teníamos discusiones. Yo le decía que era muy duro conmigo por dejarme sola todas las tardes y él decía que era por mi bien. Le horrorizaba pensar que jamás alcanzaría autonomía propia para enfrentarme a la vida y a mi enfermedad. En ese momento lo juzgué como un hombre duro y sin piedad, pero a día de hoy le doy las gracias porque, si salí de mi depresión profunda, fue en gran parte gracias a él. En el tercer año de depresión inicié la carrera de Educación Especial, que abandonaré meses después por no encontrarme con la suficiente fuerza de voluntad para hacerla y no entusiasmarme demasiado. Pensaba que a los niños con discapacidades sólo bastaba con darles garcilladas de cariño, pero no era consciente que para educarlos hacían falta herramientas teóricas que me resultaban muy pesadas. Quien sí la acabó fue mi amiga Cristina, una auténtica superdotada para sacar lo mejor de cada niño especial. Mi abandono de la carrera la viví con mucha frustración. Pensé que jamás podría volver a estudiar. Papá me sugirió que me apuntase a un curso de cocina. Yo sabía cocinar lo imprescindible y cotidiano. Me apunté al curso, pero nunca fui. De mi experiencia de cocinera en mi casa recuerdo dos anécdotas. Cuando mi madre murió y preparé el primer arroz de mi vida es una de ellas. El arroz, al comerlo, crujía, al estar algo quemado, y yo le pregunté cómo sabía a mi padre. Mi padre, en un gesto de estoicismo,

dijo que sabía muy bien para, al final, acabar riéndonos. Recuerdo otra anécdota, esta vez con mi hermano mayor. Era la primera vez que hacía pollo al horno y había invitado a mi hermano y a su mujer a comer. Mi hermano, mientras comía el pollo, no se cansaba de decir lo exquisito que estaba hasta que se topó con las vísceras. La explicación a lo sucedido era bien sencilla. El carnicero no vació el pollo y yo lo cociné tal cual, sin saber que tenía que estar limpio por dentro. Cuando mi hermano se dio cuenta, su primera reacción fue irse al sofá, tenderse en él y pedir una manzanilla. Yo casi me muero de risa. Mi madre seguro que estaría espantada en el cielo diciendo a todos los ángeles que no valía para nada y que jamás me sabría ganar la vida. Acabado mi tercer año de depresión, todavía soñaba con ser monja, pero sabía que eso era imposible, por lo menos por el momento, por mi falta de salud. Entonces decidí hacer en el seminario la carrera de teología. El siquiatra en un principio me lo desaconsejó, por miedo a que las materias teológicas me hiciesen daño, pero luego, al ver lo bien que iba, asintió a ello. La primera vez que fui al seminario tuve la impresión de estar en una película como la del Exorcista. El edificio era una gran edificación que se parecía a mi instituto; supongo que las fechas de construcción de ambos se aproximaban. Por sus grandes pasillos, parecidos a los de la cárcel descrita en Resurrección de Tolstoi, había curas totalmente de paisano, otros con alzacuello y alguna que otra monja. A la

entrada había un gran hall, en el que en uno de los laterales se hallaba la cabina de conserjería. La edificación estaba entre árboles, en lo alto de la ciudad, y había que subir sesenta y tres escalones; mi afición era contarlos mientras subía por ellos cuando iba a las clases. La carrera para mí fue como una gran oración. Disfrute mucho haciéndola. El conocimiento de Dios era un verdadero, profundo y tranquilo ejercicio de meditación. Pero, aunque estaba muy a gusto entre curas y monjas y entre mis compañeros de clase, los primeros dos años, de vez en cuando, me venía la tentación de dejar los estudios debido a la presión que ejercían sobre mí los exámenes, ya que aún todavía no tenía la voluntad del todo recuperada; solíamos tener una prueba cada quince días. Recuerdo que mi padre, para animarme, cursó varias asignaturas de la carrera por libre, llegando a resultar incluso un brillante alumno de hebreo. Por aquella época mis crisis eran muy fuertes. Eran auténticas noches oscuras del alma. Dios, con su fuerza de santidad, horadaba mi alma, llena de tinieblas por mi soberbia, produciendo en ella un auténtico sufrimiento. Siempre he creído que mis crisis, además de un componente psiquiátrico, tienen un matiz místico muy importante. Es más, pienso que lo accidental en ellas no es el componente místico, sino el psiquiátrico. El hecho de aceptar que no somos ángeles, que el mundo no es perfecto, que en él no todo es belleza, que la debilidad del hombre existe y, que por lo tanto, como

decía un escritor francés cuyo nombre no me viene a la memoria, no somos las veinticuatro horas del día sublimes, es un duro ejercicio para mí que me hace sufrir hasta rayar la desesperación. Cuando en las clases me entraban las crisis, acababa pidiéndole los apuntes a mis compañeros con cualquier pretexto. Fue excepcional que durante la carrera solo me entrasen dos veces las crisis en los exámenes; cuestión que me hizo repetir un curso. Mis días de seminario los recuerdo con mucho cariño. Durante ellos, aparte de los momentos duros de las crisis, tuve una paz interior que jamás había alcanzado nunca. Fue cuando recordé lo que mi padre me dijo un día: que durante el año que estuvo estudiando para dominico; después de ser rechazado en el seminario internó en la orden dominicana, fue el año más maravilloso de su vida. Mis profesores eran en su mayoría auténticas eminencias. Hasta tuvimos un profesor astrónomo, que nos daba Filosofía de la Naturaleza, y que, con el tiempo, descubriría un cuerpo celeste que lo bautizaría con las siglas del seminario. Era muy divertido cuando venía a darnos clase y decíamos: “ahí viene Chema con la baraja”, ya que llevaba consigo las fichas donde tenía todos sus apuntes, que parecían barajas y las manejaba como tal. Antes de iniciar mis estudios teológicos ejercí de chica de compañía de una anciana mayor llamada María Dolores. Mi padre la conocía por una amistad en común y ella resultaba ser prima carnal del fundador del Lumen Dei, una orden religiosa muy

anquilosada en el tiempo. A sus más de ochenta años era licenciada en tres carreras y una solterona empedernida. Su carácter e inteligencia le habían hecho quedarse soltera. Perdona que se lo diga, siendo usted hombre, pero he llegado a la conclusión que los hombres no valoran ni comprenden a las mujeres brillantes y acaban sus vidas con las más corrientes. De ahí mi comprensión por las calabazas y desengaños que se han llevado mujeres tan brillantes como muchas escritoras, entre las que se encuentran mi adorada paisana Dolores Medio y mi genial Sylvia Plath. María Dolores también era una mujer genial: brillante, excéntrica y despistada, que vivía con un chico encargado de cuidarla, amistad de mi padre hecha a través de la Iglesia. Mi misión era darle compañía y salir con ella los días que hiciese bueno durante dos veces a la semana. Dolores y yo llegamos a hacer muy buenas migas y me contaba escenas de su vida ciertamente singulares. Ella fue la primera que descubrió en mí un rasgo artístico. La ocasión: la muerte de uno de sus familiares en Oviedo. Fuimos a la vivienda del muerto y en el portal dejamos unas palabras escritas en el libro de defunción. Fue cuando ella, al verme estampar la rúbrica, dijo: “si firma como los grandes artistas”. Yo, ante tal observación, tuve que contener la risa, no tanto por respeto al muerto, que el pobre ya nada más podía esperar, sino por respeto a sus familiares. Fue divertida otra anécdota a recordar. Siempre que salíamos íbamos a una

cafetería cercana a su domicilio. Al camarero no le pasó inadvertida las pintas excéntricas de las dos. Un día que hacía un gran sol, Dolores se empeñó en ir con un gorro de invierno, una bufanda y un hermoso paraguas. Cuando aparecimos en la cafetería, todos se nos quedaron mirando y el camarero dijo con gran dignidad y estoicismo a sus clientes mientras servía un café: “a mí lo que hagan o digan estas dos ya no me sorprende nada”. Fuimos así bautizadas como las clientas excéntricas y algo chifladas de la cafetería. Otro día a María Dolores le dio por sacar la cartera. De ella pendía un cordel con una pinza de la ropa y de la pinza de la ropa un recorte de periódico de Cantinflas. No era de sorprender, pues ella era una mujer que siempre estaba rodeada de recortes o de notas de papel. Así, mientras estábamos en casa viendo la televisión, y salía en un reportaje de la naturaleza el apareamiento de los rinocerontes, valga esto de ejemplo, decía: “¡mira, mira, nena! Pronto, tráeme un bolígrafo y un papel. Esto es interesantísimo” y hacía las debidas anotaciones, que luego quedaban para la posteridad encima de un frutero o debajo de un azucarero. A lo largo de mi vida iría a cerca de diez retiros, siendo el que más me ha impresionado el de los Cursillos de Cristiandad. A él fuimos juntos mi padre y yo. Durante una charla del retiro, un sacerdote dijo con voz iracunda que el acto de amor entre un hombre y una mujer no se podía limitar al sólo joder y fue cuando mi padre comenzó a llorar desesperadamente como un niño

pequeño. La reacción de mi padre para mí fue un enigma. Luego, pensando, me di cuenta que mi padre quizás sólo tenía con mi madre en común una atracción sexual muy fuerte, quizás confirmado cuando supe que mi padre y mi madre habían seguido teniendo relaciones, ya de mayores, hasta la muerte de mi progenitora. También llegué a pensar que fui concebida por un ardor de mi padre al tener éstas relaciones con mi madre, cuando ella estaba atravesando una de sus crisis nerviosas; mi padre, sin venir a cuento, cierto día, como disculpándose, me había dicho que durante las veces que mi madre había estado enferma siempre la había respetado. Esta confesión de inocencia no exigida por mi parte me hizo sospechar. Los cinco años que estuve en el seminario pasaron apaciblemente. Cuando acabé la carrera me puse en una lista de trabajo, a la que me temo que nunca accedería si dos años más tarde no tuviese las influencias de un amigo de mi padre. Desde que me había puesto enferma se me había quedado una espina profundamente clavada: la carrera de filología y todo lo que significaba. Así que decidí ir al lugar y a las gentes que siempre me habían producido tanta animadversión. El aula que me tocó, cuando se inició el curso, era la número trece; el trece, según una de las astrólogas a las que consulté, era mi número de la suerte. Pero tuve un gran despiste: me habían puesto en el grupo de la mañana y yo fui al de la tarde sin darme cuenta. Estuve dos años con asignaturas de primero, de las que sólo

saqué la mitad. La carrera a esas alturas de mi vida; la reinicié con veintiocho años, ya no me motivaba. El tener que hacer exámenes me hacía sentirme como una colegiala. En el segundo año iba por la calle con un montón de libros para devolver por correo al centro educativo donde había dado clases de religión; mis clases duraron muy poco por mis crisis, la enfermedad de mi padre y el que el centro se encontrase a cerca de cien kilómetros de la ciudad, cuando un hombre silencioso, al que conocía de verlo en el café, dio media vuelta y lo vi que me esperaba en mi camino. Durante el trayecto estuvimos hablando de naderías y nos despedimos con un hasta luego; hasta luego que se hizo real, ya que media hora después nos encontramos otra vez. En ese momento fue cuando él me dijo: “parece que estamos condenados a encontrarnos” y yo le dije, no sé a qué cuento, que era soprano primera en el Coro de la Ópera. Me preguntó si tenía antecedentes musicales en la familia y yo le informé que mi padre tenía la carrera de música: había tocado el piano y el saxofón, a lo que él me contestó que entonces el talento lo llevaba en la sangre, cosa que dudo mucho. Si hay algo que me resulta del todo difícil es saber cantar. En el Coro de la Ópera comencé por causalidad. Mi amigo, el cineasta, tenía un hermano que tocaba el violín en la orquesta de la región y, por lo tanto, estaba familiarizado con el mundo musical. Me sugirió que fuéramos a las pruebas del coro. Yo tenía reticencias por mis crisis. Me

preguntaba cómo me las arreglaría si tuviera una crisis en un ensayo o peor todavía, en una actuación. Por suerte, durante los tres años que estuve en el coro, aguanté las crisis en los ensayos cómo pude y en las actuaciones recuerdo perfectamente que sólo me dio una en el que fue el primer Idomeneo que representábamos en el teatro. Cuando me aceptaron en el coro me clasificaron como soprano primera. Al año de estar en él comencé a estudiar canto con una brillante profesora y a los tres años música con una no menos brillante profesora de piano y solfeo que resultó ser familia lejana. En el coro, tras tres años de estancia, hicieron una remodelación en la que había que hacer una prueba. El examen consistía en hacer unos vocalizos, en cantar un aria y en solfear unas notas. Hacía poco que había muerto mi padre y estaba descentrada por completo. En la prueba me vine a bajo y no la pasé. Recuerdo que la forma en que canté en ese momento supondría para mí una de las experiencias más bochornosas de mi vida. También por mis nervios me paso dos años después en la prueba del Coro del Principado. Estaba tan nerviosa que la vocalización me salió por completo gatuna y me volvieron a rechazar. Pero lejos de desanimarme, ello es un acicate para superarme e intentar llegar a saber cantar algún día. Si hay un arte complicado de verdad, ése es el de la música y en particular, el de la voz humana. En una de las representaciones de la temporada hicimos Aída. Allí fue donde conocí a mi amigo Enrique.

Enrique hacía de figurante, concretamente de soldado y, entre charlas mientras se ensayaba la representación, forjamos una profunda y bonita amistad. Su carácter es puro como el de Cristina, sin dobleces. Además de tener una excelente educación: siempre está pendiente de los demás y es muy popular debido a su forma de ser generosa y alegre. Sobra decir que es una de mis mejores amistades. Después de esta amplia digresión dedicada a mi afición por la música, creo recordar que habíamos quedado en el primer encuentro con el hombre silencioso. Por aquella época comenzó a parar por mi cafetería preferida, El Art Trece, la cafetería más bonita del mundo. Cierta día me dio por enseñarle mis poesías. Días después me dijo que las composiciones eran propias de una persona a la que no le gustaba la vida que le había tocado vivir. No sabría qué decir de ello, pero mi humor es normalmente muy alegre y, salvo en mis crisis, veo la vida de una forma optimista y entusiasta: es por ello por lo que mis relatos suelen acabar mal. El ejemplo que pongo a este respecto es la vida de los cómicos. De todos es conocido que los cómicos normalmente en su vida privada tienen un carácter agrio. Yo, por el contrario, tengo un carácter payasil y echo toda mi tristeza a cubos en mis relatos y poesías. La primera vez que escribí unos renglones, no contando el poema que representó a mi colegio en el certamen del Ayuntamiento, fue a los diecisiete años; esas composiciones las tiré por considerarlas mediocres. A continuación, a los

dieciocho, escribí “La Luz de tu Amistad”, soneto que mi memoria machacó durante mi primera crisis. Pero cuando comencé a escribir en serio fue a los veintitrés años. Mis primeras treinta poesías, de las que salvo sólo una: la última, eran un mero ejercicio de redacción. Según fui escribiendo, fui horadando en mis profundidades y las poesías cobraron más originalidad y fuerza. Poesías que desembocaron en el ejercicio de mi primer libro de relatos: “Fantasmas”, libro que edité por mi cuenta y que repartí a casi todo el mundo. No es vanidad, ni soberbia, pero estoy orgullosa de mi primer libro, que daría paso al segundo “El Principito de Blanco Camisón”, una recreación de “El Principito” de Exupéry, un libro que repartí por las mejores librerías de la ciudad, pero que nunca promocioné por mi excesiva timidez. Al hombre silencioso le di también mis relatos. Cierta día que nos encontramos me dijo algo desabrido porque tenía mucho trabajo, que más tarde podíamos quedar en una cafetería, a lo que yo dije que sí. Fue así como empezamos a salir como amigos. El verano llegó y nos despedimos. En el mes de agosto le mandé un correo diciéndole que me gustaba al que tardó en contestarme más de quince días. Me contestó estando ya en Oviedo. Por aquella época tuve un sueño: a la entrada de mi casa, el hombre silencioso se introducía en ella y veía a una Venus escindida por la mitad. Después de contemplarla cogía su parte inferior, la del sexo. Dicho sueño fue premonitorio. El uno de septiembre quedamos

para cenar y fuimos a un pub. Allí me dijo que era una chica encantadora y comenzamos a besarnos. Me preguntó si me gustaba Leonar Cohen y yo le respondí que sí. Él me sugirió que podríamos ir a su casa a escucharlo y a la media hora estábamos allí. En una cama de sábanas revueltas, yo me comporté como un camionero. Era la primera vez que estaba con un hombre y mi timidez me hizo ser hartamente brusca. He de darle por esto gracias a Dios, ya que en gran parte por esa actitud mía no pasó nada. Como dijo mi confesor, piénsalo como si hubiese sido un sueño. Eso sí. Tuve la oportunidad de observar la expresión más autista que he visto en mi vida; la Mona Lisa de Leonardo comparada con la cara del hombre silencioso por la noche era una nadería. No sé qué hubiera hecho Leonardo si hubiese tenido la oportunidad de verla: posiblemente nada. Se quedaría estupefacto, muerto de miedo, sin poder pintarla. Un mundo morbosamente autista yacía en esa expresión. He de decir que durante algunos años estuve enganchada al mundo de la quiromancia y de la astrología. En las consultas lo único que me preocupaba eran los temas de amor, concretamente si este hombre me correspondería y también el saber cómo era yo a través de mi carta astral y a través también de las tiradas de la baraja. La primera vez que fui a una astróloga fue con mi amiga Isabel, a la cual había conocido en una academia de oposiciones en la que me apunté, por hacer algo, mientras me recuperaba de mi depresión

profunda. La mujer, muy conocida en la ciudad, me dijo que daría clases en un pueblo, que mi padre tendría problemas en los pies, que conocería a un profesor de religión o bien de filosofía, el cual sería muy buena persona, que tendría un hijo maravilloso con él y éxitos profesionales. Visto así, mi vida debería ser idílica, cosa que jamás lo ha sido. Después me aficioné a las consultas astrológicas por Internet y a las consultas del tarot por el teléfono móvil. Una consulta que recuerdo con especial cariño es la que hice a la astróloga Ada por mediación de mi amiga, la pintora. Ada me hizo un examen astrológico de mi personalidad y otro de cómo sería mi vida en el futuro y cómo había sido en el pasado. Durante la consulta me llevó a la sala del consultorio y, mostrándome con el dedo índice La Venus de Sandro Botichelli, me dijo que yo era una Venus, una Venus con cabeza. Yo me miré estupefacta. Vi mi oronda barriga, mis pies del cuarenta y uno, mi perfil de gran mono imitador y francamente no me lo cría. También me dijo que la Venus iba a comenzar a dar sus primeros pasos por esas fechas y que haría grandes cosas en la vida. Después, mi amigo, el cineasta, decía que Ada tenía razón, que yo era una Venus, pero paleolítica por mi generoso estómago. Sobra decir que nos reímos mucho. Mi afición por el esoterismo es el único parche que he puesto en mi vida junto con el de la imaginación. Un parche que ya he superado y que no era compatible con mi fe cristiana, pues era algo que en ocasiones me

revolvía mucho mi conciencia católica. Lo que no conciliaba tampoco muy bien con mis creencias cristianas fue la cama revuelta, el hombre silencioso y yo. Francamente en ese momento me deje llevar por la inconsciencia, algo que más tarde pagaría muy caro y ante lo cual mi confesor me dijo: “velo como un sueño”. Por lo que pasó después, si en ese momento hubiera perdido mi virginidad, no hubiese levantado cabeza en mi vida. Por eso que Dios sabe muy bien lo que hace o, mejor dicho, lo que no hace. A lo largo de mi vida he tenido pocos confesores, el más destacado: don Manuel, al que todos llamaban “El Santo”. Era como un padre para mí. Sobra decir que yo he tenido cuatro papás: el del alma: don Manuel, el de la mente: mi eminente siquiatra ,el de la sangre: mi padre y el que llamó yo mi cuarto papá: el de los afectos románticos y sentimentales, un papá ausente que se niega a mecerme en el rojo columpio del amor. Cierta día fui a don Manuel a confesarme y me acerqué al confesionario mientras él se metía dentro. Al verme me preguntó: “¿Quién eres?” Yo le dije mi identidad y él me contestó con un místico: “conozco tu alma pero no tu cuerpo”, que dicho así suena bastante cómico. He de decir que tuve que contener la risa ante tal sentimiento místico. Con el hombre silencioso quedé en verme al día siguiente en otro pub. El muy cándido me preguntó si me podía besar, a lo que yo no puse ninguna objeción. Ese fin de semana se fue de vacaciones diciendo que vendría el lunes. Yo le

mandé un correo y no me contestó. Se lo comenté a mi mejor amiga y ella ya temía que me iba a dejar plantada. Tardó en contestarme, pero me contestó. Ya entonces le había mandado un correo en el que decía que me sentía como la Regenta de Clarín, tirada en la cuneta y siendo besada por un sapo. Quedamos otra vez y él me dijo que posiblemente íbamos en ondas diferentes, que él sólo quería una relación sexual y yo igual quería algo más, a lo cual le dije que me parecía muy divertido y él asintió diciendo que la vida era muy divertida. Dije lo de divertido por no echarme a llorar. En ese momento sólo quería que me tragase la tierra. Lo de la pura relación sexual ya lo debía de haber advertido en el contenido de su primer correo, el que me contestaba a mi mensaje veraniego, pero pensaba o creía pensar que estaba de broma. Ese rasgo de honestidad por parte de él me hizo pensar que era un hombre que valía la pena. Lo cierto que, bien mirado, yo era una mujer muy rara. La primera vez que quise tener novio fue cuando estaba cursando la carrera de teología y la decisión me entró mientras estaba hojeando los anuncios del periódico y reparé en uno de una agencia matrimonial. Para sorpresa y sorna de mis amistades me apunté en la agencia. Ellos se morían de risa cuando les decía que las mujeres no teníamos que pagar por estar apuntadas, si no teníamos más de treinta años. El primer día que fui a la agencia me hicieron una ficha con mis gustos y aficiones y quedaron en llamarme en cuanto vieses cual era

el pretendiente adecuado para mí. Mi primer pretendiente era un ingeniero de electricidad con el que quedé en una cafetería del centro de la ciudad. Aquel hombre era todo un personaje y yo otro porque iba con mi cabeza rapada al uno; era la primera vez que me rapaba el pelo así y no sería la última. El chico me dijo que si sabía cocinar para invitar los domingos a sus familiares a casa. Eso era lo que esperaba de una mujer. Pero no se quedó contento y dijo que había olvidado una lista de cualidades que pedía a una compañera y que de memoria no las sabía decir. Yo no daba crédito. Me estaba muriendo de la risa. Él me dijo que podíamos ir a su casa para leerme las cualidades que requería en una mujer. Sabedora que no iba a su casa a escuchar precisamente a Leonar Cohen, sino la lista de cualidades que pedía en una mujer, me fui tan tranquila .El piso lo compartía con otros dos estudiantes hispanoamericanos. Después de enseñarme en su ordenador su proyecto de fin de carrera, del cual no me enteré absolutamente de nada, me leyó una carta que iba dirigida a una separada de la cual se había enamorado, de baja estatura, sin carrera y con un hijo. Y digo esto porque, en la lista anterior que me leyó, la mujer de su vida debía de haber estado libre durante toda su existencia, medir como mínimo uno setenta y haber cursado una carrera. Yo no daba crédito a lo que oía y pensé más que nunca que el género humano estaba lleno de contradicciones y de simplicidades. Después de esto salimos de su casa y me dijo que cuándo

podíamos quedar otra vez, a lo que yo contesté escurriendo el bulto como pude. Con lo cual, mi primer candidato resulto ser un personaje de lo más variopinto y fallido. Mi segundo pretendiente fue un excelente chico con problemas nerviosos, pero no me atraía y pensaba que con uno en la pareja que estuviese algo nervioso, o sea yo, ya era suficiente. Pero antes tuve que ir otra vez a la oficina de la agencia. Cuando me explicaban como iba a ser mi segunda cita, la chica de la agencia tuvo que responder a una llamada que le había hecho una clienta. Por lo que deduje de la conversación telefónica, a la clienta en cuestión le faltaba una pierna y ese fin de semana había quedado en hacer, gestionada por la agencia en cuestión, una excursión a caballo por un paisaje de la región. La que llevaba el negocio no paraba de animarla y de decirle que ella tenía un handicap que superar, que no sé bien si era el ser incapaz de ligarse a un hombre para casarse o el no poder montar en el caballo. Yo, para mis adentros, me moría de risa, y pensaba que en esa agencia éramos como la parada de los monstruos, o sea, lo mejor de cada casa. No quise saber más de querer tener un novio y al mes recibí una llamada de ella diciéndome que si quería concertar una cita con el sobrino de un sacerdote; entonces pensaba yo que el ser católica, según algunos, implicaba que tuvieses que saber cocinar para una recua de familiares o liarte con el familiar de un cura. A los de la agencia les dije que ya tenía novio y que no quería saber nada

de más citas. El hombre silencioso me acompañó hasta mi casa y me dijo que el próximo fin de semana podíamos ir a un pueblo marinero cercano que tenía las puestas de sol muy bonitas. Yo le dije que no tenía ningún compromiso conmigo. En ese momento fue cuando debí de hacerme a la idea de que sería solo ya para siempre un amigo y no algo más. A medida que pasaba el tiempo, lo fui idealizando cada vez más. Me llamaba todos los fines de semana para salir. Estuvimos reuniéndonos como amigos, no con tanta regularidad, durante dos años. Recuerdo un cumpleaños de él en el que le regalé un ramo de flores y su canción favorita, que sonó cuando entró en el pub donde nos habíamos besado por primera vez. A mí ningún hombre me había regalado flores. Siempre había mantenido la guardia frente a ellos porque nunca creía haber encontrado a mi media naranja. Sólo dejé que el hombre silencioso se acercase a mí porque creía que era el hombre de mi vida. Años después conseguiría dejar de sufrir por él, cuando me di cuenta que entre lo que él era y lo que yo me imaginaba que era había no precisamente una gran distancia, pero sí una gran diferencia: una persona ajena a mi forma de pensar y a mis ideales en la vida. He de decir que cuando más sufrí es cuando después de dos años, recuerdo que era un verano, en un café al que habíamos ido para darle sus regalos de cumpleaños, me dijo porque yo le pregunté; él era siempre muy reservado y hermético, que tenía novia; posiblemente una mujer mucho

menos original que yo. Me acordaba en ese momento como a mi adorada Dolores Medio le dejó su novio por una aldeana del pueblo que tenía más vacas que ella; hemos de aclarar que tenía más vacas que ella entre otras cosas porque ella no tenía ninguna. Y pensaba que ese era el precio que teníamos que pagar las mujeres especiales porque , y no crea que es vanidad ,sino la caridad de la que Santa Teresa dice que hay que tener con una misma, yo siempre me he considerado especial. Es un hecho claro que yo y todas mis amistades somos individuos especiales a los que, a veces, les resulta difícil llevar el día a día de la vida por nuestros traumas, nuestros idealismos, en definitiva nuestra excesiva sensibilidad. Llegué a casa, me miré en el espejo y me eché a llorar. Por aquella época vivía en la buhardilla de un edificio céntrico de la ciudad. Un domingo fui a ver a mi confesor fuera del horario de misas. Él se encontraba en uno de los laterales del altar, sentado en una silla que estaba apoyada en la pared, diciendo en voz baja, con los ojos cerrados: “tengo paz. Tengo paz.....” Yo no me atreví a interrumpirle y me senté al lado de él para comenzar a llorar mientras él seguía meditando. Mi razón para llorar era lo desprotegida que me sentía al haberme dejado el hombre silencioso. Mientras, mi confesor ya se encontraba en los últimos días de su vida y, consciente de ello, se estaba preparando para la partida. Después de una hora en la que estuvimos completamente solos en la Iglesia me marché sin

decirle nada para mi casa. Mi padre estaba ya muy enfermo y lo teníamos en una residencia. Papá nunca se habituó a los geriátricos. Durante el último año de su vida estuvo en tres. El primero de ellos estaba en un pueblo de las afueras de la ciudad. Era la antigua casa de un indiano convertida en residencia, donde convivían unas quince personas, todas en su mayor parte aquejadas de demencia senil o alzheimer. El impacto que sufrió mi padre, al ir a esa residencia, fue brutal; él, que siempre había sido un hombre lúcido, estaba ahora obligado a convivir con gente que estaba ida de la cabeza. Por eso, cuando una tarde mi amiga, la pintora, me llevó con su coche a visitar a papá, y éste llorando, desesperado, me dijo que lo sacara de allí, no me lo pensé dos veces. Hice sus maletas y les dije a las cuidadoras que ya nunca más se quedaría allí. Atravesamos el pueblo en plena fuga con las maletas y dos paraguas, ya que llovía mucho, hasta el coche que estaba aparcado algo lejos. Y fue cuando lo llevé a mi buhardilla. Parecíamos que estábamos en una fuga protagonizada por los personajes de una película de Woody Allen. Mi padre, en un gesto de comicidad, nos dijo a la pintora y a mí que debíamos de habernos sacado una foto delante del coche y mi hermano mayor, cuando se le pasó el gran enfado por la que habíamos armado, nos dijo que los de la residencia debían de haber puesto un cartel con su cara en todos los lugares de la región diciendo: “se busca a Benigno, el escapista.” He de decir que en mi familia el

sentido del humor nunca nos ha faltado, pero también he de reconocer que estoy dolida con mis hermanos y siempre lo estaré por haber llevado a papá a una residencia y no haber contratado a una persona que lo cuidase. Ellos decían que esto era muy complicado y yo, ante ello, respondo con el refrán de que “más hace el que quiere que el que puede”. Esperemos que todos nosotros no acabemos en una residencia porque realmente, y lo digo con conocimiento de causa; el año que estuvo mi padre en la residencia lo iba a visitar casi todos los días, los geriátricos son espantosos. El grado de inhumanidad a veces es insoportable. Ese verano fue el peor de mi vida. Estaba mentalmente medio ida, no podía dormir por las noches y dejé de comer, con lo cual adelgacé mucho. Por aquella época estaba trabajando limpiando portales. Así es la vida. Pienso que las personas creativas en el sistema educativo somos los patitos feos del cuento. Somos auténticos cisnes a los que se les niega y no se les ayuda en nada para que acabe brillando nuestra belleza. Durante ese verano escuché cerca de veinte óperas. La música me salvó de la desesperación. La buhardilla, con el paso del tiempo, cada vez estaba más desdejada. He de decir que por naturaleza soy una persona ordenada y el ver mi casa así era un indicio del deterioro que iba sufriendo mi personalidad. Pero el tiempo pasó y no hay nada que el tiempo no cure. Durante una buena temporada le seguí mareando con correos electrónicos y seguí consultando

cada día nuestras respectivas cartas astrales para ver lo que nos deparaba el futuro, además de consultar a diversos astrólogos. Al final ya de la historia, cuando comprendí y discerní lo que era la realidad y lo que yo me imaginaba, dejé definitivamente de sufrir y en un acto de mal genio lo eché de mi vida, siendo una reacción no muy educada por mi parte y del todo injusta, pero sí portadora de una gran salud síquica al romper esa dependencia que me hacía sufrir tanto. Pasado un año viví un acontecimiento bien triste: la muerte de mi padre. Ese día fue así: aquella mañana me levanté tarde. Serían las nueve. Sobre mi cama había varios vestidos. Elegí el negro de forma indistinta, pero a la vez mi inconsciente me decía que había un extraño porqué. Salí de casa y por el camino me encontré con mi vecina Rosi. Iba con un gorro de colores y una enorme falda hippy. Cargaba con muchas bolsas de la compra. Empezamos a hablar, como era habitual, del tiempo. Aquella mañana había amanecido despejada. Un inusual sol nos regalaba todas sus luces. En ese momento sonó el móvil. Era mi hermano, que estaba en una reunión en Madrid. Me dijo que mi papá estaba muy enfermo, que las hermanas le habían llamado diciéndoselo y que fuera a la residencia a toda prisa. En la plaza de enormes palomas cogí el autobús. Por el camino mis ojos se empañaron de lágrimas. Me miraba por uno de los retrovisores de la puerta y veía mis ojos como dos vidrios mojados. Del retrovisor cayeron al vestido negro. Ahora

presentía el porqué de mi elección. Me bajé en la parada y subí la cuesta a toda velocidad mientras lloraba. Sólo pensaba que mi papá me esperase para morir. Abrí la puerta de la habitación y Sor Ángeles estaba a los pies de la cama con un rosario entre las manos. Mientras rezaba, veía a mi papá con un enorme escapulario negro y blanco de tela alrededor de su cuello. Agonizaba con una mascarilla en su boca. ¿quién iba a decir que Sor Ángeles, con la que papá se llevaba como el perro y el gato, le estuviera velando? “Tómese la pastilla”, decía Sor Ángeles. “No quiero”, le respondía mi papá. Mi papá siempre había sido un rebelde. Yo me parezco mucho a mi papá. Siempre había luchado contra cualquier tipo de imposición. Me decía que no se tomaba la pastilla no porque fuera reacio a los medicamentos, sino porque Sor Ángeles ejercía toda una tiranía sobre él con ese despótico “tómese la pastilla” a toda costa, una hora en punto después de las comidas. Cogí la mano de mi papá y la empecé a acariciar. De vez en cuando le hablaba al oído. Pensé en la Virgen. En su Virgen de hacía treinta años que siempre le acompañaba con su juego de llaves. La cogí del cajón y se la puse alrededor de la muñeca. Mi papá agonizaba. Respiraba con enorme dificultad, a pesar de la mascarilla de oxígeno. La joven hermana enfermera apareció. Nos hablaba de que el médico había dicho que ya no se le podía mover, que ya no se le podía llevar al hospital. Sor Ángeles rezaba mientras la joven hermana acariciaba la frente

de mi papá. Nos hablaba con admiración del sabio médico de la residencia. La hermana enfermera dejaba entrever su amor platónico por su anciano y respetable maestro. El médico no aparecía. Había estado a primera hora de la mañana, cuando mi papá se puso enfermo, y ahora estaba atendiendo a otros pacientes. Entonces fue cuando la hermana lo disculpó. Su maestro no podía ver morir a sus pacientes. Su esposa se había ido para siempre hacía unos meses y el sabio hombre de ciencias, desde ese momento, nunca pudo superar el destino del hombre: la muerte. Mis familiares fueron llegando. Todos alrededor de la cama de mi papá. Cada vez respiraba más débil y más despacio. Eran las once. Yo le decía al oído cosas a mi papá. Él estaba inconsciente. No podía hablar, pero sé que se daba cuenta de todo. Yo le quería haber dicho que me perdonara. “Papá perdóname por mi mal genio, por mi falta de paciencia contigo, Papá perdóname. No te vayas al cielo sin perdonarme, papaíto mío” Pero me daba vergüenza. Había gente delante. No estábamos solos. El médico vino. Dijo que ya no había nada que hacer y que él se marchaba porque no podía ver morir a los hombres. Y yo pensaba “papá perdóname, papaíto mío, por lo que más quieras, no me riñas otra vez por haber sido una niña mala. Papaíto, perdóname, por el amor de Dios”. Mi papá murió cogido a mi mano. Se apagó como una vela. Murió en paz. ¿Estaba yo en paz? “Papaíto perdóname, por lo que más quieras, por mamá, a la que tanto

quisiste, aunque nos machacara a todos. El amor es extraño. El amor es raro. El amor es un misterio. Mamá tenía unos ojos muy bonitos, como los míos. Quizás por eso la quisiste tanto, aunque nos machacara a todos. El amor es extraño. El amor es raro. El amor es un misterio” Instantes después de morir, las campanas de las iglesias colindantes tocaron las doce. Bonita despedida de este mundo la que el creador le hacía a mi papá. La luz entraba a raudales por la ventana de la habitación. Había que irle a por un traje a casa. Entré en el coche de mi otro hermano. “Hace calor”. Veinte grados marcaba el termómetro del auto. Bajé las ventanillas. Otra vez llegamos a la residencia. Se nos había olvidado la corbata. Mi papá nunca ponía corbata. Entramos en la habitación. La hermana enfermera levantó la sábana. Allí estaba mi papá. Su enorme boca le colgaba. Yo también tengo una boca muy grande, tan grande como la de mi papá. La monja enfermera hizo un gesto de contrariedad: “¡qué pena, con lo bien que me había quedado antes!”. Fue a por pegamento y cerro la boca de mi papá para siempre. Ya nunca más podré hablar con él. Desde los tres años teniendo conversaciones profundas con mi papá. Ya había quedado dicho todo. “Adiós, papaíto. Pocos besos me diste. Mamá ninguno. No quería que nadie me diese besos y se enfadaba cuando tú me los dabas. Mamá era así. Pobre mamá. Era una mujer atormentada. Pero siempre me hablaste. Siempre me comprendiste. Bueno, o casi siempre, por

eso yo no sé dar besos, papaíto, pero a cambio sé escribir. Sí, papaíto, sé escribir porque me distéis pocos besos y porque tú, desde pequeñita, ya desde cuando estaba en la cuna, siempre me hablaste”. Fuimos al tanatorio. En una sala vacía lo esperamos. Llegó el ataúd. Empezaron a llegar coronas, muchas coronas y ramos de flores, muchos ramos de flores. Me gustan las flores. Siempre me han gustado las flores, aunque sean para adornar el cuerpo sin vida de mi papá. Llegaron mis otros familiares. Llegó un cura amigo suyo. Rezamos un Padre Nuestro delante del ataúd. A mi papá también le gustaban mucho las flores. En sus poesías siempre había flores. Llegó el teniente de alcalde, llegó el jefe de policía y, por último, llegó un señor pelirrojo presentándose como el secretario de una academia y diciendo, como un niño cuando se le encarga un recado, que la Academia sentía su muerte. Llegó también un señor de la funeraria. “Señor, le dijo a mi hermano, la señora está entera. Su padre no se puede enterrar con su madre”. Mamá era increíble. Después de doce años y todavía estaba allí. Mamá quería machacarnos a todos con su eterna presencia, incluso después de muerta. Todavía me acuerdo cuando mamá no quiso que entrases en la habitación en donde estaba agonizando. Tú querías mucho a mamá, pero mamá no te quería a ti. Mejor dicho, sí te quería, como a todos nosotros, pero a su manera; como puede querer una persona que ha estado en un manicomio. Todavía me acuerdo

cuando me decías que tú la habías sacado de allí. Que ibas todos los días después del trabajo a acompañarla al comedor de los enfermos para que comiera. Que los médicos habían quedado asombrados de tu paciencia. Que le dabas de comer porque ella no quería tragar bocado. Salió el cortejo fúnebre. Algunos, por la calle, miraban el coche. Una corona era del alcalde. Llegamos a la iglesia y tu amigo, el maestro, al final de la misa, leyó la poesía que habías elegido para tu despedida de este mundo. La iglesia irrumpió en aplausos. Tus ya ancianos amigos ex seminaristas llenaban todos los huecos del templo, al cantar, con sus voces solemnes. Llegamos al cementerio. El momento más duro. Duro como el cemento. Frío como la paleta del albañil. “Ya nunca te volveré a ver. Ya te perdí para siempre”. Cogí una rosa roja. Pasó una semana y yo estaba con tu medalla al cuello. Siempre la llevaré, y mi amigo, el que hace cortos, me dijo. “No te preocupes. Ahora todos, al verte, pensarán: ¡qué pobre y bonita huerfanita! No te preocupes, ahora tendrás muchos amigos. Ya nunca estarás sola” Al hombre silencioso, cuando todavía mantenía el contacto con él, se lo dije al encontrármelo pasado el suceso. Él dijo: “mejor así”, a lo que yo asentí. Por esas fechas decidí intentar hacer un master de periodismo en Madrid. En un principio me parecía una locura porque no dominaba el inglés, pero mi amigo, el cineasta, me convenció para que me presentase a las pruebas. En ese tiempo estaba cursando el doctorado de literatura. Fue cuando

me di cuenta que si tenías ya una carrera, podías hacer el doctorado que quisieses. Eso para mí fue una liberación. Lo comencé con mucho gusto porque era un trabajo creativo. Hice la suficiencia investigadora y antes los cursos, en donde conocía, como ella dice, mi alma gemela: Marilina Aibar, una profesora de literatura argentina que es una auténtica delicia. Marilina, al segundo año de estar en España, se vino a vivir a mi casa y juntas pasamos un tiempo muy agradable de confidencias y también de risas. Ella es mi única amiga con convicciones religiosas y, como ella dice, muy parecida a mí. La fe que practicamos une nuestras sensibilidades haciéndonos tocar las mismas cuerdas en el auditorio de la vida. Con quien también me siento identificada es con mi amiga con más años: ochenta y cuatro. Mi amiga, genio y figura hasta la sepultura: Nieves. Nieves es una anciana que conocí a través de mi padre, por estar ingresada en la misma residencia que él: la segunda a la que fue en un año. Todavía iría a una más. Nieves es una mujer de armas tomar, pero también de un gran corazón, elegancia e inteligencia que lo mamó desde su cuna: su familia, como ella dice, los Vigil Escalera, era toda una institución en mi ciudad. Sin ir más lejos, un primo de ella fue el director del hospicio donde se crio mi progenitor y, por cierto, con el que mi padre nunca se llevó muy bien. Nieves.....

“Espere , ya han pasado más de dos horas. Se nos ha hecho tarde. Ya basta por

hoy” dijo el doctor de mirada azul. El siquiatra me dijo que me incorporara y yo me levanté y me senté en el diván. La sesión de sicoanálisis había durado más de lo previsto y se había convertido en un gran monólogo. Le di el dinero de mi primera consulta y éste me despidió con una gran sonrisa. Por la calle, cuando me dirigía a mi casa, comenzó a llover. Ya estaba cerca de mi vivienda cuando oí una voz que venía de atrás. Me di la vuelta y vi a una joven negra, toda vestida de rojo. Me preguntó: ¿me puedo atchar bajo tu paraguas? Yo le dije que sí y se acercó a mí. Empezamos a caminar al unísono y yo le pregunté de dónde era. ¿Acaso eres de Cuba? Le interrogué, pensando en mis orígenes. No, soy de Santo Domingo. Y comenzó a contarme lo siguiente. Vengo del hospital y estoy muy cansada. Vivo a las afueras de la ciudad, en un barrio que no me gusta nada. Antes vivía en Madrid y ahora estoy aquí. ¿Qué te parece la región? le volví a interrogar. Y exclamo ¡Ay!, ¡esos amores! Es un país de fabulas, de cuentos y de mucha brujería ¿A qué te refieres con que es un país de mucha brujería? A qué se echan mucho las cartas y a que se hacen otras cosas peor aún. Pues yo soy muy aficionada a la astrología ¡Ah!, pero eso no es malo. Seguimos caminando, bajando por la cuesta que daba a mi casa. Un loco del manicomio, menudo y delgado, se cruzó con nosotras y empezó a increparnos mientras echaba unas risillas histéricas ¡Alacranes te persigan! le maldijo la joven negra que parecía una rosa exótica. ¿Por qué le dices eso? Le

dije extrañada. Sí, ¿no sabes lo que son alacranes? Son escorpiones, le respondí. A mí, estando sola en Madrid, en mi habitación, una noche se me puso una gran langosta en la boca, pero no me llegó a picar. Llamé al 091 y recé tres Aves Marías. Antes de decirme esto dijo: espera. Se paró y abrió sus amplios ojos de alucinada y dijo: no veo nada mientras daba una patada en el suelo. Entonces fue cuando comprendí que estaba loca y que había venido de una cura del hospital. Me sorprendió que dijese que orara tres Aves María porque eso era precisamente lo que me mandaba mi padre rezar cuando tenía mis crisis. Ya había dejado de llover. Llegué a mi casa y le dije a La Rosa Negra que ya acababa allí mi trayecto y ella se despidió con una sonrisa.

MADRID

Durante el último verano narrado por mí me fui a Madrid a hacer las pruebas del master en un periódico de la capital. Las pruebas en sí fueron un fracaso. En una de ellas tenía que escribir en inglés, cosa que sólo hice una vez en mi vida, con diccionario, para realizar un relato; sería mi primer relato, a los dieciocho años. El profesor de inglés, un estudiante de filología inglesa, que trabajaba en la academia que dirigía mi padre, me dijo que tenía una gran imaginación y que se lo quedaba de recuerdo. Pero esta vez la prueba fue una mediocridad. Además, en el examen de actualidad política, económica y social tampoco se dice que hubiese brillado mucho. Dicha prueba, créanme, me

hubiese salido mejor a los diez años, cuando estaba informadísima de toda la política nacional e internacional, que en mi acabada juventud, donde vivía un poco ausente de la realidad mediática. En un principio me hospedé en casa de mis tíos, que fueron muy amables conmigo durante todo ese tiempo; mi tía Alicia era un encanto y una gran mujer. Luego encontré por una agencia de alojamiento un piso céntrico y muy bonito que compartiría con la dueña apenas un mes. Aquella mujer era una delicia. A pesar de su madurez, aún tenía signos de que debía de haber sido muy bella en su juventud. Además era culta y refinada y aficionada a la pintura. De joven había hecho sus trabajos pictóricos, algunos de los cuales los tenía colgados de las paredes de su casa. Su arte, como yo le comenté y ella aseveró, tenía un aire oriental, que le imprimía un toque muy sutil. En ese tiempo, después de quince años, yo, La Rosa, fue cuando comenzó de nuevo a alucinar. Era una noche de verano. La dueña del piso me había invitado a quedar en unos jardines de la capital para escuchar un espectáculo de música clásica. En vez de ir, me encerré en mi habitación y unas voces irrumpieron fuertemente en mi mente. Oía la voz del hombre silencioso decir que el Papa no sabía nuestro secreto. A continuación escuchó en la voz de un profesor de Filología Hispánica, por cierto, muy bonita, según mi parecer, los insultos de puta guarra, como si estuviese diciéndolo desde el fondo de una cloaca y se oyese el goteo del agua. Se

dispuso a marcharse de Madrid. Hizo una pequeña maleta. Mientras me movía observaba como mis movimientos eran gráciles como los de los angelotes del cielo y pensaba que quizás yo fuese un ángel caído del cielo. Salí de la casa y me puse en un banco, cerca de la carretera a esperar. Pensaba que el hombre silencioso la iría a recoger allí por una extraña conexión telepática. Pasaban las horas y el hombre no aparecía. Así que me acerqué a una parada de autobús. Allí fue donde se me aproximó un hombre joven y me preguntó si ese autobús iba en dirección a donde él vivía. Yo le contesté que iría a donde él quisiese. Le enseñó un fajo de billetes y le dijo que se los había mostrado a una chica para que pasara la noche con él en un hotel y que ella los había rechazado. Se sentó al lado mío y me empezó a hablar en brasileño. Ella apunto estuve de comenzar a hablar con él e intentarlo en la lengua extraña, pero no me atreví. Para mí ese hombre era el mismísimo demonio, ya que representaba el más puro materialismo. Me dijo que era una chica que le caía simpática y me preguntó qué hacía allí. Ella le contestó que esperaba al hombre silencioso y él me dijo que dónde estaba. En esos momentos creí verlo en un coche, aparcado en la calle de enfrente, y le dije que allí estaba. Él dijo que no veía nada. Y comenzó a llamarlo en alto por el nombre, el cual me lo había preguntado antes. Nadie contestaba, ni se aproximaba a nosotros, con lo cual me dijo ¿ves? no hay nadie en tu vida con ese nombre. Vino el autobús y

el hombre se marchó. Acto seguido se acercó a mí un adolescente rubio y rizado con vaqueros, playeros y una sudadera. Su mirada era azul vidriosa, no de este mundo, sino del cielo. Le preguntó que qué hacía allí a esas horas de la noche sola y yo le contesté que estaba gritándole al hombre silencioso para que se aproximase a mí. Pero éste no me hacía ningún caso. Entonces le dijo que debía de interrogar al hombre silencioso para saber si quería que estuviese en mi vida. Le pregunté: ¿eres tú mi ángel de la guarda? Él me respondió que sí. Le toqué cariñosamente su brazo y comprobé que era de carne y hueso y no una alucinación. Entonces La Rosa comenzó con su batería de preguntas. El ángel le dijo que viviría noventa años y que escribiría cien obras literarias. También le dijo que su inteligencia era brillante, pero a la vez deficiente. Se prestó a acompañarla hasta casa y en el portal La Rosa siguió con su batería de preguntas, a lo que el ángel respondió con un silencio y elevando los ojos al cielo. Entonces recordé que mi padre y Marilina siempre me decían que yo, si tuviera a un hombre a mi lado, lo exprimiría como a un limón. Ahora no tenía un hombre a mi lado, sino a mi estresado ángel de la guarda, al cual, por supuesto, lo estaba exprimiendo como a un limón. Llegué a casa y entré en su habitación. Comencé a oír de nuevo las palabras de puta guarra y en esos momentos me entró el miedo de que una serpiente se deslizara por mi cama y me diese un picotazo mortal. Así que estuve en vela toda la noche pensando en

lo que mi ángel de la guarda me había dicho. Al día siguiente se imaginó que su profesora de canto quería matarla con un cuchillo y había venido a Madrid a hacerlo. Entonces me puse en la cama como una muerta en su mortaja, como Santa Teresa de Lisieux en su lecho de tuberculosa. Sólo se me veía la cabeza inmóvil y estaba esperando a que se abriese la puerta de mi habitación para sufrir la agresión brutal de mi profesora. En ese momento me imaginaba ser una santa que acabaría su vida con el martirio. Pero oí como la dueña del piso abría la puerta de la casa y como escuchaba la presentación de mi maestra que decía que me venía a visitar desde mi ciudad a Madrid. La dueña de la casa no la dejó entrar y el peligro de acabar acuchillada por ella desapareció de mi imaginación. Salió a la calle y vio su barriga de tal modo hinchada; desde hacía ya tiempo tenía un prominente vientre debido a mis desarreglos hormonales, a la medicación y a la mala alimentación, que me asusté. Entré en una iglesia y durante la misa estuve llorando con gesto histérico. Al acabar la celebración fue a la sacristía y les dije a unos sacerdotes si se prestaba alguno de ellos a llevarme al hospital. Uno, el más joven asintió. El otro, el mayor y posiblemente el que era el párroco de la Iglesia, me dijo que por qué no cogía el autobús e iba yo sola. La Rosa le contestó, airada, que si esa era la caridad que predicaba y ante ello se calló. Fui con el joven sacerdote en su coche y me preguntó de dónde era. Le dije mi ciudad de procedencia y que era estudiante

de doctorado. Él me dijo que conocía a un profesor de la universidad de mi ciudad. Y ella le dijo que, si me pasaba algo en el hospital, le dijese al hombre silencioso que se hiciese sacerdote. Llevada por mi histerismo fui al hospital y el sacerdote desapareció como por arte de magia de la sala de esperas. Allí protesté, por lo que yo creía una mala atención, al médico, al cual estuve a punto de denunciar preguntando al celador que dónde estaba el libro de quejas del paciente. La situación parecía un vodevil, ya que acabé escribiendo un largo escrito que acababa así “y hago constar esto para que sobre él recaiga todo el peso de la ley”, y el médico, como estaba diciendo, me dijo que la ecografía que me habían sacado estaba bien. Regresó a su casa y estuve otra noche sin dormir por miedo a que la serpiente me diese un picotazo mortal. Al día siguiente le volvió a entrar la hipocondría por el tamaño de mi estómago y recordó lo que La Rosa Negra le había dicho: una langosta gigante se posó sobre mi boca, pero no me picó. Llamé al 091 y recé tres Aves Marías. Entonces creí que el destino a La Rosa Negra y a mí nos había deparado el vivir a la inversa. Ella en Madrid y yo en mi ciudad para más tarde yo ir a donde ella procedía y ella quedarse en la ciudad de donde yo era. Llamé al 091 y recé tres Aves María. La policía picó en casa y la dueña de la misma se alertó por ello. Entraron todos en mi habitación y les comentó que tenía un estómago enorme y que posiblemente tuviese un tumor. Ellos me quisieron

llevar al hospital, pero no precisamente a las habitaciones de enfermos normales, sino a la de los dementes. Yo vi a los policías y pensó que me llevarían al calabozo, donde abusarían sexualmente de mí. Por eso me escabullí de ellos y eche a correr por la escalera, dándome un fuerte golpe en la cabeza, ya que resbalé y caí contra la puerta del portal. Iba deambulando por las calles de Madrid en un juego en el cual no podía parar de andar, sino el maligno me atraparía. Así, sorteaba todo tipo de obstáculos: coches, peatones, con la gracia del azar. Por cruzar, cruzaba hasta en rojo. Su febril imaginación me decía que tenía que parar cuando el cuento lo acabase el hombre silencioso. De esta forma para mis adentros iba cantando “Qué el cuento lo acabe” y decía el nombre del hombre silencioso. Tras una larga caminata volví a la casa y la señora de ella no la dejó entrar, alertada por mi estado. Baje las escaleras y afuera, en la calle, me estaban esperando una unidad móvil y la policía. Les dije si habían llamado al hombre silencioso, al que ahora llamaba mi prometido. La llevaron a la unidad psiquiátrica de uno de los hospitales de la capital y allí me hicieron esperar en una sala de estar, tras haberme puesto una pulsera. En la sala de espera había dos o tres enfermeros sentados en unas sillas y un sofá. Había un vaporizador, unas pintadas un tanto infantiles en un mural, una cafetera y unos elegantes sillones rojos. Yo les dije que se lo tenían muy bien montado, que aquello parecía el decorado de una

película de Almodóvar, y ellos comenzaron a reírse. Le mandaron ir para la cama y yo me negué y fue cuando me pusieron unas correas en las manos y en los pies. Era la primera vez que estaba ingresada en un centro psiquiátrico y la primera vez que me ataban con correas. No sería la última. Había muchas camas en la sala donde dormía. Estaban dispuestas unas enfrente de otras. En la de una de las esquinas estaba una vieja, a la cual había visto al entrar en el hospital. En ese momento pensaba que era el mismísimo demonio, que se había encarnado en una vieja decrepita y repugnante, en una ramera del Apocalipsis, una ramera famosa, cuyo nombre nunca diré. También pensaba que afuera había un sinnúmero de gente pidiendo la cabeza de la ramera y salvando la de mi persona. El duelo entre la ramera y yo se iniciaría en ese instante y duraría toda una vida. Por la mañana llegó la hora del desayuno. El comedor era una sala pequeña, en cuya disposición ayudaban los enfermos. En ese momento estaba comiendo el primer turno. Entre los comensales había gentes de variada razas y costumbres. A la entrada había un sofá y un viejo tendido en él. Lo que pensó La Rosa era que allí estaban comiendo una familia de masones y que el patriarca de todos ellos era el viejo que estaba tendido en el sillón. En el centro no nos dejaban tener cinturones, ni ningún objeto punzante, con el fin de que no nos autolesionásemos ni hiriésemos a los demás. Entre las enfermas encontré a una mujer todavía joven, de aspecto

distinguido, que me dijo que descendía de unos importantes antepasados de la Isla de Gran Canaria. También me dijo que yo estaba destinada a alternar con gente muy importante, ante lo cual me eché a reír. También había otra joven que se distinguía por su bondad. Mi tía, junto a mi tío, me fueron a visitar y La Rosa le preguntó a su tía si, el viejo que estaba tendido en el sofá y que estaba constantemente diciendo frases evangélicas, no era uno de nuestros antepasados, ante lo cual ella me lo negó, sonriendo. Después de unos días la dejaron salir por la tarde unas dos horas, siempre que fuese acompañada. He de agradecerle a mi tío su compañía, pues era él el que me acompañaba de un lado para otro mientras hacía conmigo de Cicerone por la ciudad. El médico que le asignaron era un hombre joven y atractivo, que llevaba una coleta en el pelo y un pendiente. Cuando se enteró que estaba realizando la tesis sobre Buñuel, le recomendó un libro escrito por un escritor de habla inglesa. Se notaba, hablando con el doctor, que a él también le entusiasmaba Luís Buñuel. Pasaron los días y me dieron de alta. En el informe traía que padecía un trastorno bipolar con rasgos sicóticos. Mis hermanos vinieron desde mi ciudad para buscarme y llevarme a casa. Ese día comimos todos juntos: mis hermanos, mis tíos y yo en un restaurante de la ciudad. Después emprendimos el viaje de regreso.

VETUSTA

En mi casa estuve varias semanas conviviendo con mi hermano, el mediano, el cual se había separado. Pero La Rosa tendría que sufrir aún más. Cierta tarde en el barrio en que vivía vio como una paloma blanca caminaba por su sombra. Entonces pensó que era una nueva anunciación, pero de tintes malignos. Fue un día cuando, al llegar de la feria de muestras de la una ciudad próxima a la mía, La Rosa comenzó de nuevo a alucinar. Comenzó a dar golpes por la cocina y a arrastrar con fuerza las sillas haciendo un ruido impropio de esas horas. A continuación bajó al piso de abajo y llamó a la inquilina, que tiempo atrás, cuando vivía con mi amiga Marilina, se había quejado de que hacíamos mucho ruido. Cuando abrió la puerta comencé a insultarla con palabras soeces, impropias de mi vocabulario. Ella llamó a su hijo por teléfono para que viniese y, cuando llegó, habló con La Rosa, templando así los ánimos. Esa noche no pude dormir como las siguientes noches. Al día siguiente, por la mañana estuve metida todo el tiempo en la cama. Entonces tuve una ensoñación entre mágica y diabólica: el niño al que había cuidado recientemente ya era un hombre que, como un rey, nos llevaba a mí y a mí marido, altos dignatarios de la humanidad, al cadalso. En dicha ejecución se cantaba la que yo pensaba en ese momento que era una canción demoniaca, que había ensayado con mi profesora de canto para las pruebas del coro, la que yo en ese momento creía que cantaban las concubinas del

demonio a éste: “Oh, dejad de rezar, oh, dejad de morir”; ello en italiano. Luego, también en la cama, su Ángel de la Guarda le dijo que vería los ojos del demonio y que debía de estar preparada, por lo que yo temía que en cualquier momento se abriese la puerta y entrase el demonio con su mirada terrorífica, capaz de llevarme. A mucha gente oía dándome consejos para esquivar la temida mirada. Hasta mi padre, ya difunto, me daba consejos y se permitió contar un chiste con el que literalmente me meee de risa. Acto seguido fui a ducharme al baño. Por la tarde me acerqué a un supermercado cercano y allí jugando a juegos numéricos cruzaba la carretera y cambiaba de dirección constantemente para que el demonio no la cogiese. En un momento, ya por la noche, en frente del supermercado, se acercó un camión de basura con unos negros colgados a cada uno de los extremos. Yo estaba al lado de donde se amontonaban los desperdicios y vi una bolsa negra de basura, el símil con el que el mal me había comparado toda mi vida. Se apresuró para salir de allí, pero tuve tiempo de ver de refilón la mirada del negro que era la auténtica mirada del diablo: dos braseros penetrantes y terribles fijándose en mí. Afortunadamente, La Rosa creyó que había visto por solo décimas de segundo la temida mirada y que, por lo tanto, ésta no la había podido llevar consigo. Cuando estaba al otro lado de la carretera y ya había pasado el peligro, La Rosa se ofreció a un hombre que estaba allí. Éste titubeaba y, al final, se fue

con un amigo que le había quedado en ir a buscar en coche. Yo no comprendía bien por qué había hecho eso: el comportarme como una buscona, pero el caso es que lo hice y que gracias a Dios el hombre no me hizo caso. Volví a mi casa y estuve casi catorce horas postrada en la cama, sin mover ni un músculo ni un solo hueso de mi cuerpo porque creía que estaba endemoniada y que la cruz que llevaba me hacía tal peso, por estar dominada por el maligno, que me oprimía hasta el punto descrito de estar incapacitada para moverme. En la noche siguiente abrí la puerta un par de veces e invite en las escaleras al que yo consideraba la encarnación del demonio a que pasase a mi casa. Desde la ventana de mi habitación vi un coche, a cuyo volante estaba un hombre de apariencia decimonónica, que había conocido en el coro de la ópera, y al que ahora consideraba el mismísimo Belcebú. Me tendí en la cama y comenzó a hacer movimientos propios de un ser encantado por la brujería mientras fingía un orgasmo. Por fin me levanté de la cama por la mañana y fui a ducharme. La Rosa, mientras se duchaba, oía como Dios Padre le decía que rezase una oración a Cristo: el Padre Nuestro para sanarse de su dolencia en el estómago. Comenzó a rezar el Padre Nuestro y perdió el conocimiento, dando un fuerte golpe su cabeza contra el borde de la bañera, produciendo un ruido que se oyó en todo el edificio. Nada más golpear mi cabeza contra la bañera recobré el conocimiento y me sequé con una toalla las gotas de sangre que se escurrían

por la cara. El golpe en la cabeza le hincharía todo el rostro deformádoselo, a pesar de lo cual no fui al médico hasta días después. Por la noche, ya en la cama, tenía la sensación de estar vía telepática en una cumbre mundial dirigida por la masonería con el fin de tomar las riendas del mundo. A continuación se le metió en la cabeza que era un mono y que debía despellejar todo mi cuerpo, como si de un despiojamiento se tratase, para quedar reducida a la nada. Comencé dándome frotaciones en la cabeza, lo cual pienso que me vino muy bien para activar el riego sanguíneo y paliar los daños del traumatismo craneal. Seguí arañándome los brazos y, como si obedeciera a una extraña orden, quité el reloj. Más tarde se lo volvería a poner, ya que consideré en ese momento que quitarme el reloj significaba abandonar el tiempo y quedar para siempre en lo que yo pensaba que era una posesión diabólica. Al día siguiente fui a mi eminente siquiatra, en cuya sala de estar de su consulta tenía la Biblia abierta por el Apocalipsis. Tras visitar a éste fui al médico de cabecera para que me atendiera del traumatismo y comencé a desvariar. Yo le dio el teléfono de mi siquiatra a la doctora y ella lo llamó. Al poco tiempo una UVI móvil me llevó al hospital. Por el camino la encargada de atenderme me hizo unas preguntas y unos comentarios que parecían dedicados a una niña pequeña o a una subnormal. La Rosa le contestó siempre de mala gana y lanzándole puyas. Tendría dos ingresos en el hospital de mi

ciudad entre los cuales había pocos días por el medio. Del primero no recuerdo nada, solamente que estaba en el piso tercero del edificio A del hospital y que tenía por compañera de habitación una chica joven y bien parecida. Salí del hospital y continué con mi vida cotidiana, la cual duraría muy poco. En una noche de la cual no querría acordarme nunca fui a donde vivía el hombre silencioso. Piqué en la puerta y no había nadie. Antes, en mi casa, su figura la había visto en sombras en las paredes de una de las salitas. Fue cuando me dirigí a la cocina para no verlo y oí en la oscuridad lo que yo creía que era la voz del demonio. La voz de una vieja arpía con el fondo del sonido sibilino de una serpiente de cascabel. Esa voz se me quedaría grabada para siempre y sería la sensación más terrorífica que jamás había tenido en mi vida. La voz ponderaba a la ramera pública en detrimento de mi persona. Ahora La Rosa estaba picando en la puerta del hombre silencioso y él no me abría porque, gracias a Dios, dentro de lo malo no estaba. Antes, en el portal, se había quedado sentada como dos horas esperándolo. En un momento su mente comenzó a crear una alucinación del hombre silencioso. Cientos de partículas se unieron para ir formando su imagen. La Rosa había estado sin dormir todos esos días y casi se cae dando un golpe hacia atrás del escalón del recibidor donde estaba. Ahora, como ya he dicho, estaba picándolo en su casa. Comenzó a llorar y a aporrear la puerta porque creía que su amigo, el cineasta

y su padre, eran un par de masones que venían desde su casa cercana para matarla. Cuando algún vecino llegaba y encendía la luz, yo callaba porque pensaba que era un habitante del infierno. Dicho edificio lo vio como el infierno y hacia el cielo se entraba por la puerta donde el hombre silencioso residía. Vinieron una pareja de ancianos que vivían a mano izquierda y callé. Vinieron otra pareja, ésta más joven y vecinos de la mano derecha, y también callé. Luego un hombre rubio y joven salió de otra de las puertas contiguas para volver más tarde, y seguí callando. Más tarde ella seguía llorando desesperadamente y diciendo desvaríos. Pensaba que ambas parejas, los viejos, con un cuchillo, y la de jóvenes, con una escopeta, la iban a matar y que mi salvación en ese momento era entrar a través de las puertas del cielo. Pera ello me ayudaría quien yo juzgaba en ese momento mi Ángel de la Guarda: el joven rubio y bien parecido. Seguía diciendo desvaríos, esta vez de tono sexual. Hoy en día cuando lo recuerdo lo hago con mucha vergüenza y sentido de culpa. Estuve delante de la puerta del hombre silencioso llorando, picándole y diciéndole disparates toda la noche hasta la mañana, que fue cuando el portero seguramente llamó al 091 y a una UVI móvil, los cuales me condujeron al hospital. Me tuvieron que llevar a rastro porque también creía que ellos eran agentes del mal. En urgencias le atendió un siquiatra joven con el que La Rosa creía haber compartido un aula en el instituto. Me hizo firmar

un papel. Mientras yo estaba con mis brazos cruzados y pegados al pecho, como un muerto egipcio en su sarcófago, pero de pies con la intención de ascender a los cielos, ya que en esos momentos La Rosa se creía La Virgen Negra. Después de firmar ese papel me mandaron al piso séptimo del edificio A del Hospital de mi ciudad. El primer día que pasé en el hospital creía yo que estaba en el mismísimo infierno. Era un día gris, se oía un anodino golpear de puertas maltrechas del pobre edificio. Entonces yo pensaba que los habitantes del infierno debían de llevar una vida de auténticos muertos vivientes, de auténticos zombies mientras que en los del cielo brillaba toda la vida y la alegría del mundo. Puedo decir que tuve la experiencia mística de experimentar el infierno. En la unidad destacaban dos jóvenes enfermos, uno de barba, moreno, y otro de raza gitana, que no paraban de deambular por el pasillo. Durante los dos meses que estuve allí, la mayor parte del tiempo lo pasaba recorriendo el pasillo a paso rápido. Ello era manifestación de la mucha energía que tenía, ya que además estuve los dos meses día tras día delirando. Me es muy difícil resumir lo que pasé allí, pero una pasable recopilación podría ser ésta: cuando La Rosa entró pensaba yo que era la Virgen Negra y que tenía que demostrarlo ante las autoridades eclesiásticas. Durante varios días, mi mente estuvo ocupada en una continua dialéctica teológica con la alta jerarquía del Vaticano a través de la Comunión de los

Santos. La Rosa tenía que demostrar ser la Virgen Negra frente una de mis amigas, pues ella decía también ser ésta. Al final vencía yo por no caer en la autosuficiencia, que era en lo que ella había pecado. El maligno, como castigo por su fracaso, hizo que un par de enfermeros le pusieran una inyección letal en un sanatorio de la capital del estado, que era donde ella estaba ingresada. La jerarquía vaticana me informó de que en el Vaticano había una santa encomendada a realizar mi misión antes que yo, pero que ésta había caído en la vanidad y en la lujuria, ya que era muy bella, y en la actualidad estaba poseída por el maligno, en una sala del corazón de Roma atada de manos y pies, por los muchos aspavientos que el demonio le obligaba a hacer. Una de las noches mi compañera de habitación quería apagar la pequeña luz que se desprendía de una foco piloto que allí había. Yo no quería porque se me había dicho que, si mi habitación quedaba en la oscuridad, cientos de demonios se me abalanzarían para descuartizarme viva. Tuve una pequeña discusión con ella y llegaron los enfermeros. Uno de ellos apagó la luz, pero subió la persiana con todas sus fuerzas, ya que estaba estropeada, y dijo que así se acababa el dilema, porque al tener la persiana subida, aunque la luz estuviese apagada, había suficiente claridad. Anteriormente había pensado que los dos enfermeros, el fuerte, que subiría más tarde la persiana, y uno de bigotes, eran masones y que quizás fuesen capaces de descubrir que La Rosa era la Virgen

Negra del catolicismo y no de la masonería , por lo que podrían , de saberlo, hacerme daño. Otra de mis obsesiones en ese ingreso fue la que me creyese por un destino providencial la futura madre de la encarnación del maligno. Tal obsesión con el tiempo fue cambiando de signo y al final resultó positiva. Así, si en un principio yo creía que era la esposa del Papa y que el hijo que llevaba en mi vientre era la encarnación del mal, acabando éste por asesinaros cuando alcanzase la edad adulta, con el tiempo dicha obsesión del asesinato en clave edípica , pues asesinaba a su padre para conseguir a su madre y finalmente asesinaba a ésta por no prestarse a yacer con él, se borró de mi mente ya que creía que Dios había modificado ese capítulo de su providencia para acabar teniendo un niño bello y bueno. La sanación de estas obsesiones fue para mí una auténtica catarsis. Ya estaba curada de espanto con todo lo que había sufrido por ello y la modificación progresiva de la historia para llegar a un final feliz me hizo desechar de mi mente todo resquicio de tal trauma y complejo de culpa en mi posterior vida diaria. Por lo que si algún día yo tuviese un niño jamás iba a pensar en ideas delirantes y apocalípticas con respecto a él y a mi persona. Otra de sus obsesiones en esas fechas fue la de pensar que el demonio se había encarnado en un hombre negro y que me podía matar, si me veía desde el exterior a través de las ventanas de la unidad, por lo que procuraba siempre no estar a la cerca de las ventanas. Ciertas noches, La

Rosa no quería dormirse porque creía que los dos jóvenes que deambulaban por el pasillo la violarían y matarían como a una María Goretti. En otro momento la Rosa se creía una Virgen Negra que, gracias a su intervención, reconciliaba al género humano, espantando así la guerra de culturas y religiones entre occidente y oriente. En otros momentos la Virgen Negra intentaba realizar una bilocación para salir de donde ella creía ser una cárcel. Así permanecía inmóvil durante largo tiempo con la esperanza de bilocarse, esperanza que no hace falta precisamente decir que no se cumplió. En otro de los pasajes, Dios encomendaba a la Virgen Negra ser la nueva redentora de la humanidad, teniendo a Cristo y por ello llegaría el final de los tiempos. Mucho sufrió la Rosa, tras las pruebas a las que fue sometida, para ser la nueva Virgen María. La Rosa pensaba que, si no daba la talla, su destino sería el de la condenación. Así, en el pasillo ,a veces, pisaba con sus pies lo que ella creía ser la serpiente del libro del Génesis. En otros momentos llegué a creer que Dios y el demonio eran dos caras de una misma moneda y que el universo se desmantelaría yendo los unos al cielo y los otros al infierno. Podría decir un sinfín de detalles más, pero no lo creo conveniente por no abrumar al estupefacto lector.

Después de dos meses salí del hospital, pero antes, para que la medicación surgiera efecto, tuve que experimentar una sesión de descargas

eléctricas en mi cabeza. Dicho tratamiento me lo hicieron en una clínica privada con la que el hospital tenía un concierto. Y las sesiones surgieron su efecto, puesto que fue en ese momento cuando dejé de delirar definitivamente.

MADRID 2030.....